

Juan Pedro Aparicio



London Calling

Juan Pedro Aparicio

London Calling

**Ilustrado por
Fernando Vicente**



Juan Pedro Aparicio, *London Calling*
Primera edición digital: mayo de 2016

ISBN epub: 978-84-8393-530-9

© Juan Pedro Aparicio, 2015
© De las ilustraciones y de la cubierta: Fernando Vicente, 2015
© De esta portada, maqueta y edición: Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2016

Voces / Literatura 211

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

¿Habría algo más prodigioso que un auténtico fantasma? El inglés Johnson anheló, toda su vida, ver uno; pero no lo consiguió, aunque bajó a las bóvedas de las iglesias y golpeó féretros. ¡Pobre Johnson! ¿Nunca miró las marejadas de la vida humana que amaba tanto? ¿No se miró siquiera a sí mismo? Johnson era un fantasma, un fantasma auténtico; un millón de fantasmas lo codeaba en las calles de Londres. Borremos la ilusión del Tiempo, compendemos los sesenta años en tres minutos, ¿qué otra cosa era Johnson, qué otra cosa somos nosotros? ¿Acaso no somos espíritus que han tomado un cuerpo, una apariencia, y que luego se disuelven en aire y en invisibilidad?

Thomas Carlyle
El Sastre Remendado, 1834

OXYMORON ROOM

—Señores, el embajador de España —dijo Richard Reynolds, conde de Wandsworth, y los siete caballeros reunidos en la *Oxymoron Room* se levantaron para saludarle.

El recinto, habilitado como comedor, era una especie de *conservatory* que prolongaba con paredes de cristal el ala sur del edificio. Tallada en una de ellas había una reproducción del caballo blanco de Westbury, el emblema del club. El techo corredizo estaba abierto.

—¿Le gustaría saber qué nos ha movido a invitarlo? —preguntó Ronald Arthur Biggs, conde de Belmarsh.

El embajador de España contestó con un movimiento de cabeza y una abierta sonrisa.

—Hemos sabido —explicó lord Wandsworth— que, tras la presentación de cartas credenciales, regresó a la sede de su embajada en Belgravia y dio órdenes para que, antes de la cerveza para los cocheros o las copas para sus invitados, se sirvieran sendos cubos de agua a los caballos que habían arrastrado la berlina. Era un día muy soleado y con un calor de horno.

—Nosotros, miembros del *Animal Lovers Club* —añadió lord Belmarsh—, lo consideramos mérito más que suficiente como para sentirnos muy honrados con su presencia.

—El nombre de esta pieza —quiso puntualizar lord Wandsworth—, la *Oxymoron Room*, donde nos reunimos, si el tiempo lo permite, con el techo corrido para poder fumar, pues, como bien sabe, está prohibido hacerlo en el interior, ha estimulado también nuestro deseo de tenerlo entre nosotros.

—¡Oh, es muy interesante! —exclamó muy a la inglesa el embajador de España.

Lord Wandsworth sonrió.

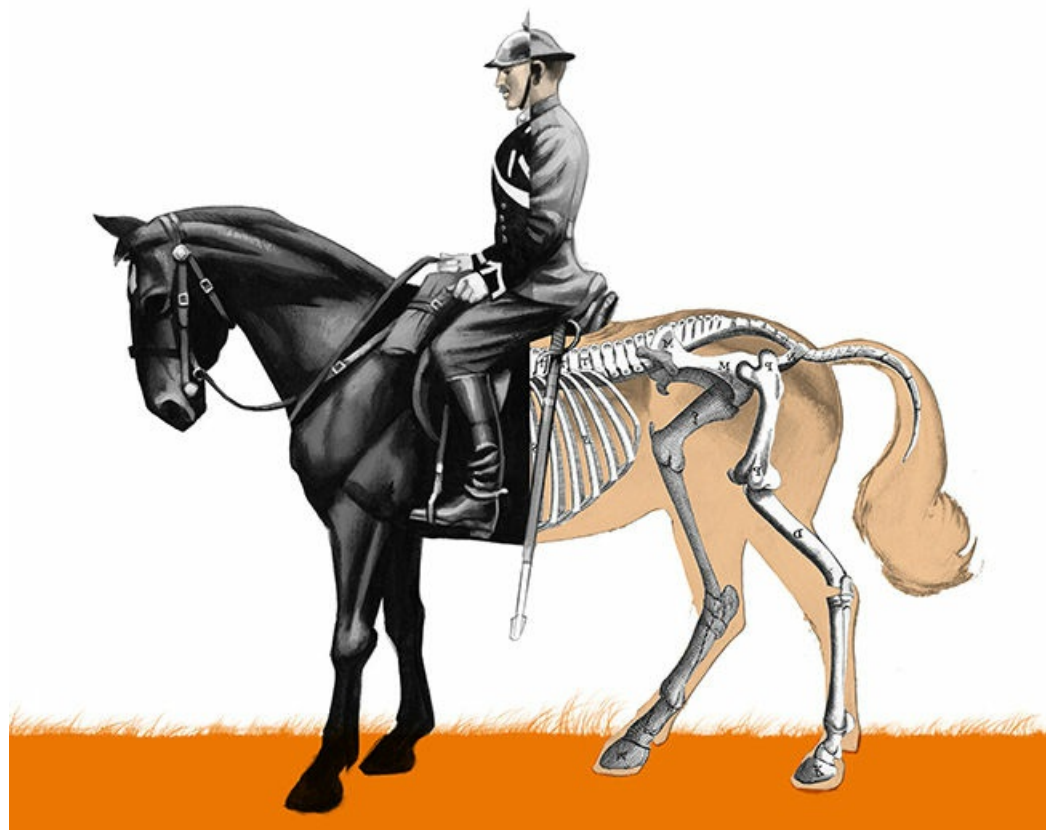
—Usted, aunque haya estudiado en Cambridge, es español. Y a un español no se le supone amante de los animales. Así que nos honra doblemente. Primero a nuestro club, luego a nuestra *Oxymoron Room*. Ya sabe que oxímoron es de alguna manera la *contradictio in terminis* del latín, y eso viene a ser la presencia de un español en el *Animal Lovers*.



ELLOS NO TUVIERON ELECCIÓN

Ronald Christopher Edwards, conde de Cheddington, dijo:

—Una vez al trimestre llevamos una corona de flores en memoria de los millones de animales que han sufrido por nuestro país. La depositamos en el monumento erigido en Park Lane. *Ellos no tuvieron elección*, se llama. Todo un símbolo. Ocho millones de caballos fallecieron en la I Guerra Mundial. ¡Y cuántos perros, palomas mensajeras, delfines, leones marinos y elefantes! Solo en la II Guerra Mundial el ejército británico condecoró a treinta y dos palomas, dieciocho perros, tres caballos y un gato. Todos ellos recibieron la medalla Dickin, el equivalente de la Cruz de la Victoria. Dos casos llaman la atención. Uno el de la paloma María de Exeter que voló de vuelta al Reino Unido tras resistir el ataque de halcones alemanes. Otro, el de los caballos Peter y Silvia, que se quedaron sin medalla. Peter murió en combate, pero, Silvia, que, estuvo en nuestras filas, fue repudiada y condenada a morir de hambre. Algo habría que hacer para reivindicarla. Ambos eran andaluces, de esa inteligente y fina raza. Se habían criado felices por los cálidos campos del sur de España. Muy jóvenes todavía, fueron vendidos. Silvia, al ejército británico; Peter, al alemán. Su vida empeoró, no tanto por la dureza de sus nuevos entornos, como por la fuerte añoranza que sentían el uno del otro. Cuando estalló la guerra, y fueron llevados al frente, su instinto les hizo vislumbrar la oportunidad de reencontrarse. Un encuentro, sin embargo, desgraciado. El teniente inglés que montaba a Silvia, mató a Peter, el potro de sus amores. Quizá disparó al oficial alemán que lo montaba, nunca lo sabremos. Pero su disparo hirió de gravedad al caballo, que, al caer, ocasionó la muerte del jinete. La yegua Silvia, enloquecida, se volvió entonces contra quien la montaba, logró derribar al teniente inglés y lo mató a coces.



EL BESO

—Ah, yo sé muy bien el apego de los ingleses hacia los animales —dijo el embajador—. Durante mi primer destino en Inglaterra, en la Oficina para Asuntos Culturales, hace ya de esto algunos años, todos los días solía sacar a mi perro a dar un paseo. Era una perrita labrador negra, no muy alta y con el típico rabo de visón, una mirada tierna y brillante y la trufa algo respingona. Iba con ella de Queens Gate a Kensington Gardens y daba un largo paseo entre los árboles. A la vuelta, al cruzar el semáforo en el cruce con Queens Gate, un hombre, que venía en la dirección opuesta me miró con insistencia, lo que como saben no es frecuente en Inglaterra. Me di cuenta además de que no era la primera vez que lo hacía, pues días atrás me había llamado la atención que, al abrirse el semáforo, se quedara quieto esperando a que yo cruzara. Como me lo encontraba a diario en el mismo sitio empecé a preocuparme y llegué a sospechar que se trataba de un terrorista o de un homosexual, o de, no sé, alguien que tuviera alguna fijación obsesiva conmigo. Lo comenté con algún compañero, y hubo quien me aconsejó que lo denunciara a Scotland Yard. Yo no hice nada y seguí saliendo con mi perrita. Un día el hombre, enjuto, de rostro sonrosado y pelo pajizo, me detuvo cuando llegué a su altura. Su mirada de cerca me pareció tan amigable y franca como la de mi perrita. Me la señaló con mucha timidez, casi con miedo y me preguntó: ¿Puedo besarla? Sorprendido, asentí aliviado. Él se inclinó y le dio un beso en la cabeza negra, un beso tan cargado de cariño que me emocionó.

EL DIENTE DEL DINOSAURIO

Charles Frederick Wilson, conde de Winson Green, dijo:

—He leído un libro de relatos de anticipación científica que les recomiendo vivamente. Me ha gustado especialmente uno titulado «Viagra xxl».

Hubo un atisbo de picardía en los ojos de la mayoría.

—Ya saben que en 1980 un grupo de investigadores, liderados por el premio Nobel Walter Luis Álvarez —siguió lord Winson Green—, planteó que la extinción de los dinosaurios había sido causada por el impacto de un gran meteorito contra la superficie de la Tierra hace sesenta y cinco millones de años. En el libro, se explica de otra manera. Según demostró Einstein, el tiempo es una dimensión igual que la altura o la longitud. Sin embargo sus magnitudes se manifiestan de forma distinta. Las magnitudes espaciales no se pueden doblar, mientras que la del tiempo puede plegarse tantas veces como se quiera, entonces todos los tiempos se tocan. Eso es lo que hace un agujero negro. Hacia el año 6000 de nuestra Era los viajes al pasado empezaron a ser una práctica común. Pronto fue muy fácil tener en cada casa una máquina del tiempo. La más asequible y económica, prácticamente un electrodoméstico, era la llamada por el autor del libro, un hispano, *anglosaxon cabinet*. Los viajes al Cretácico se pusieron de moda. ¿Saben cuál era el mayor aliciente? La caza de dinosaurios.

Uno de estos cazadores tuvo la ocurrencia de moler el diente más pequeño de un dinosaurio, un diente especial. El polvillo resultante presentaba una apariencia de cocaína, pero, al probarlo, descubrió algo mucho más valioso, un afrodisíaco potentísimo, eficaz, duradero, de esos que hoy llamaríamos a demanda.

Los cazadores proliferaron como mineros enloquecidos. No hubo fenómeno comparable en la historia de la Humanidad, ninguna fiebre del oro, ninguna extinción masiva, ni siquiera la de los bisontes de las praderas americanas, pudo compararse a lo que ocurrió entre los años 6000 y 6025 de nuestra Era.



REBELIÓN EN LA GRANJA

–Yo también he leído ese libro –dijo Roger John Cordrey, conde de Leighton Buzzard–. Me llamó mucho la atención otro de los relatos que trata sobre la cría intensiva de cerdos. Sujetos de modo permanente al suelo por medio de una faja de hierro acaban sus días con las patas atrofiadas y los ojos extraviados. El relato es muy darwinista. Ya saben eso de que la función crea el órgano. Lo que dicho de otra manera sería: la no función lo destruye. En el cuento de que les hablo, un día, en una camada de diez, nace una cerdita que carece de extremidades. El fenómeno se repite aquí y allá. Tras una pequeña conmoción, los magnates de la industria alimentaria llegan a la conclusión de que las patas son innecesarias; encuentran que con solo las nalgas pueden fabricar un jamón con una forma redondeada muy atractiva en los supermercados. El empresariado se lanza a la cría exclusiva de esos cerdos con el ahorro adicional de ese gasto en los hierros con que los mantenían sujetos. Pronto no habrá en todo el planeta un solo cerdo con patas. Los animales, como sacos o globos que se hinchaban por momentos, parirán y engordarán sin moverse del sitio, porque estos cerdos aumentan de volumen muy deprisa, a una ratio veinte veces superior a lo hasta entonces conocido. El objetivo económico de que alcancen la dimensión de una ballena empieza a parecer posible. Algo sucede sin embargo. La mutación genética va más allá de la pérdida de las extremidades y la extraordinaria velocidad de engorde. Los animales, cuando llegan a un tamaño determinado, súbitamente revientan. Todo se lo llevan por delante: trabajadores, instalaciones, techos, paredes. Ningún país se libra. Es un suicidio de la especie para no seguir sufriendo eternamente.

EL CAMBIO GLOBAL

—Muchas veces nos basta con observar el comportamiento animal para mejor entender la vida —dijo lord Winson Green. El domingo último, paseando al mediodía por Kensington Gardens, me fijé en una familia inglesa de origen hindú que se sentaba a la sombra de un inmenso plátano: el padre, la madre, la abuela y cuatro niños. Las dos mujeres de pie distribuían la comida que llevaban en sendas cestas de mimbre entre los niños y el hombre sentados sobre la hierba. A pesar del fuerte olor a curry, era una escena plácida rota de pronto por un tremendo alboroto sobre la copa del plátano y unos chillidos estridentes. Todos miraron hacia arriba con susto. Eran nueve o diez pájaros de un verde brillante. Tenían un graznido muy desagradable.

El padre, muy tranquilo, con talante de maestro paciente, explicó:

—Esto es el cambio global, no hay por qué alarmarse. Son cotorras sudamericanas que están ocupando un nuevo hábitat.

LA REINA DE LOS GATOS

—¿Les he contado alguna vez la historia de la reina de los gatos? —preguntó Douglas Gordon Goody, conde de Stormontgate—. Era una portuguesa, maestra jubilada, exiliada del régimen de Salazar y afiliada al partido comunista, lo que en Inglaterra es tan raro como un dromedario en el mar. Aquí vivía de dar clases de francés y de español; también dibujaba, hizo varias exposiciones de cierto éxito. Tuvo relaciones de todo tipo, con hombres y también con mujeres. No lo he dicho, pero lo digo ahora. Era guapísima y tan rubia que podría haber pasado por sueca o por danesa. Algo caótica, tuvo relaciones de mucha intensidad, siempre con ingleses, le gustaban mucho los ingleses. Pero todo eso mientras fue joven y guapa. Porque su vida, apasionada y turbulenta, le provocó con el tiempo una ansiedad crónica. Prematuramente envejecida, se encontró un día sola, viviendo con un par de gatos a los que había puesto el nombre de sus dos novios más queridos. Vendió su piso de Londres y se compró una casita en Kent, no lo hizo por ella, sino por sus gatos, a los que suponía más felices en el campo. Allí conoció a un hombre mayor y tan solo como ella que también tenía un gato. Todas las semanas la visitaba y se acostaban. Aficionada a las frases ampulosas, cuando su vecino murió, se hizo cargo de su gato y dijo «yo también he muerto, ahora mi vida es para los gatos», pero no tardó en conocer a otro jubilado que depositaba las basuras donde lo hacía ella y que también tenía un gato. Enseguida entraron en la rutina de hacer el amor cada semana. Y pronto tuvo que quedarse también con el animal. Ahora tiene muchos más, porque otros dueños de gatos la cortejan y, aunque fea y vieja, su vida sexual sigue siendo muy activa al lado de todo varón que tenga un gato y esté solo en la vecindad.

EL HEREJE

A Michael Jacobs, in memoriam

Mi hermano Michael –dijo lord Wandsworth– está enamorado de España. Ha vivido mucho tiempo en la ciudad de León donde se le conocía como el Brenan del norte. A mi hermano se le ocurrió llevarse consigo a España un cuervo de Yorkshire, al que había curado un ala rota. No tenía con quién dejarlo, pero, más que nada, le seducía la idea de soltarlo en la plaza de la catedral leonesa, donde los cuervos revolotean a sus anchas en derredor de las torres. Un amigo español se lo desaconsejó. Le hizo notar que aquellos cuervos podían ser reencarnaciones de algunos clérigos de León. Le señaló incluso a uno de ellos, del que se decía que recordaba a un tal don Zenón, uno de los clérigos más intransigentes y cerriles en la larga historia levítica de la ciudad. Mi hermano se lo tomó a broma y soltó a su cuervo. Nunca lo hiciera. Lo vio subir fuerte y animoso, con vuelo ágil y casi vertical, al encuentro de sus hermanos españoles. Pero, como si los planetas en torno a nuestro sol cayeran de súbito sobre la tierra, así se arrojaron sobre el cuervo de Yorkshire. Allí mismo, en un vuelo ruidoso y feroz, lo mataron. Su cuerpo se precipitó al suelo descoyuntado, un burujo negro tintado con el rojo de su sangre. Mientras caía, a Michael le pareció todavía oír los graznidos furiosos de los otros cuervos: ¡hereje! ¡hereje! –le gritaban.



MADRINAS DE GUERRA

–Con frecuencia oímos que los animales de compañía nos producen un efecto liberador y relajante –comentó lord Cheddington–. Sin embargo muy pocas veces oímos que puedan transmitirnos emociones intensas. ¡Cómo íbamos a oírlo, si ni siquiera les reconocemos capaces de ellas! Después de la Gran Guerra –añadió tras una pausa– se celebró en París una reunión entre familiares de caídos de ambos bandos. Parece que ya desde el primer día una joven muniquesa, prometida del teniente alemán que montaba el caballo Peter de que antes se ha hablado, sintió una profunda simpatía hacia la viuda de un teniente de nuestro ejército, precisamente el que montaba la yegua andaluza de nombre Silvia. Las dos jóvenes hablaron y pronto descubrieron que el novio de la primera y el esposo de la segunda, el alemán y el inglés, habían muerto en la misma acción y que acaso cualquiera de ellos podía haber sido el causante de la muerte del otro. Lo cierto es que congeniaron mucho más allá de lo que se considera una simple amistad. Desde entonces y hasta su muerte vivieron juntas en una desviación de su impulso amoroso absolutamente fantástica.

CROQUETAS

—Desviación amorosa, dice usted. Todo un tema, señores —aseguró lord Stormontgate—. Recuerdo ahora el caso de aquel juez que tuvo que ocuparse del suceso más extraordinario jamás ocurrido en los ambientes de la alta cocina londinense, si se me permite hablar así. Y precisamente una de las protagonistas era compatriota de nuestro querido embajador, dueña con su marido de un restaurante en la mejor zona de Kensington; según parece, una cocinera extraordinaria. El marido, un galés educado en Francia, admiraba sus dotes culinarias pero discutía con ella los nombres de los platos. Si él, para bautizarlos, abusaba de lo poético y hasta de lo celestial, ella se inclinaba por lo más áspero y prosaico, uno de sus platos, por ejemplo, tenía el imposible nombre, y se lo digo en español, de atascaburras. El galés, por lo visto, era además muy posesivo. Un buen día mató a dos clientes del restaurante en un ataque de celos. No a uno, sino a dos. ¿Habían ido a la cama con ella? ¿Le habían dirigido palabras obscenas? Nada de eso, simplemente la habían mirado fijamente mientras manipulaba la masa de las croquetas. El juez, un buen juez inglés, antes de dictar sentencia, se acercó al restaurante y entró en la cocina. Lo hizo más de un día, hasta que pudo ver con su propios ojos cómo la española daba forma entre sus manos a la masa de las croquetas, unas manos blancas, finas y sensuales que envolvían suavemente los blandos cilindros hasta que tomaban la consistencia adecuada, primero uno, luego otro, y lo hacía con un mimo y una delectación muy especiales... El juez se sintió tan turbado que cualquiera podría pensar que eso iba a librar al marido de una larga condena; pero ocurrió lo contrario, la sentencia fue lo más dura que permitía la ley. Y ya, con el marido a buen recaudo, el juez se convirtió en el mejor cliente del restaurante. Siempre pedía croquetas.

AMOR AL FIN Y AL CABO

—Yo recuerdo el caso de dos chicos, ella y él, dos TTI, típicos tímidos ingleses —dijo lord Winson Green—, que se relacionaron por Internet a través de una *dating*. Ella no se atrevía a enviarle una foto por temor a no gustarle y tampoco una foto que no fuera de ella, como sabía que hacían otras chicas. A él le pasaba lo mismo. De modo que optaron por enviarse un retrato a lápiz o plumilla; ella se lo encargó a una compañera que dibujaba muy bien y que se convirtió encantada en cómplice de su embellecimiento, con oportunos y sabios retoques en ojos, nariz, cintura y pecho. Él tuvo que pagar a un nigeriano que hacía retratos en Hyde Park, al que pidió uno de cuerpo entero, no sin advertirle que solo le pagaría si le sacaba alto y atlético, con los ojos grandes y el mentón firme. Después de enviarse los dibujos escaneados, se citaron en un *pub* de Chiswick para conocerse en persona. Cuando él entró, ella estaba sentada al lado de una ventana sobre el Támesis. Era bellísima, como la del dibujo. Se acercó muy azorado. Empezó a hablar y enseguida tuvo la sensación de que estaba molestando. Otro muchacho, recién entrado, vino al rescate de la chica. «¿No ves que no le apetece estar contigo?», le recriminó. Lo reconoció enseguida, ojos grandes, atlético, mentón firme. Ese muchacho era él. No tuvo dudas. Pero tampoco era él: era el muchacho de su dibujo.

Los vio sonreírse y reconocerse; los vio mirarse embelesados; los vio salir juntos. Sin entenderlo del todo, se derrumbó sobre una silla. Y, cuando más abatido estaba, una leve esperanza le hizo levantar la cabeza: si quien se había ido con la chica no era él, sino el muchacho estilizado de su dibujo, acaso habría también una segunda chica bastante menos agraciada pero capaz de haber inspirado la belleza del retrato que ella le había enviado.

Sintió que la puerta se abría y contuvo la respiración...

EL DÚO DE LA TOS

—No sé si estos chicos de los que voy a hablar ahora eran también típicos tímidos ingleses —dijo lord Stormontgate—, pero eran ella y él, o sea, mujer y hombre. Se conocían de verse, sin que jamás se hubieran hablado. Ni siquiera se miraban o lo hacían por el rabillo del ojo. Salían a fumar en mangas de camisa desde sus oficinas respectivas en un rascacielos de la *City*. Mientras lo hacían, veían a una pareja que cada dos o tres días se precipitaba ansiosa en el interior de un pequeño hotel (auténtica reliquia arquitectónica entre las nuevas edificaciones), y contaban mentalmente los minutos que permanecían dentro, más o menos veinte. Los veían salir luego, ya sin nervios, para separarse a toda prisa, cada uno por su lado. Una semana no aparecieron. Tampoco la siguiente ni la siguiente... Pasaron seis meses. Nuestros dos fumadores empezaron a mirarse inquietos. De hecho esa fue la primera vez que se miraron a los ojos. Algo había empezado a faltar en sus vidas y lo notaban como un desasosiego compartido. Entonces él o ella, sin palabras, con lenguaje corporal, fraguado en la inquietud y la tensión de seis meses, pareció preguntar: «¿Te parece?». La respuesta, muda también, no fue apasionada ni locuaz; equivalía sin embargo a un sí, todo hay que decirlo, un sí muy inglés. O sea algo así como: «¿Por qué no?». Subieron inmediatamente al hotel y tardaron veinte minutos en bajar.

UNA VEZ AL MES

—Eso me recuerda la historia de un conocido agente de seguros, una persona eficiente, muy exacta y puntual —dijo lord Leighton Buzzard—. Todas las mañanas se cruzaba en el mismo punto de Lone Street con una mujer que por las trazas debía de trabajar en la banca o en seguros como él. Se miraban muy de soslayo, a la inglesa naturalmente. Y así, días, meses, años, se cruzaban en ese punto exacto. ¡Qué puntualidad la de ambos! Solo con disciplina inglesa lograban ocultar su mutua admiración, porque tanta precisión y puntualidad los volvía locos. Cualquiera sabe cómo ocurrió. Pudo ser que el hombre señalase vagamente con su vista un hotelito cercano, pero ella lo entendió a la primera. Desde entonces se acuestan una vez al mes. No se dicen una sola palabra y son la mar de felices.

EL CEBO

—Hemos de confesarle, embajador, que hay algo más por lo que usted ha sido invitado a nuestro club —dijo lord Wandsworth—. Nuestro amigo Brian Field, conde de Leathersdale —y señaló con la mirada a uno de los presentes—, no ha renunciado todavía a conseguir una pluma de ángel y para ello, hemos de confesarlo, precisamos de usted. ¿Ha oído hablar de Emanuel Swedenborg, el gran teósofo sueco del siglo xviii? Vivió muchos años en Londres y nos dejó dicho que los ángeles no son criaturas diferentes de nosotros, que nacen siendo niños, que, luego, cumplida su vida como hombres, sus almas se transforman en ángeles o en demonios. De modo que todos nosotros algún día seremos una cosa u otra.

—Es lo del renacuajo y la rana —puntualizó lord Leighton Buzzard—. Por ahora solo somos renacuajos.

Lord Leathersdale asintió con la cabeza:

—Swedenborg descubrió a los ángeles mientras caminaba sobre la nieve en su Suecia natal —dijo—. Junto a las huellas que él iba dejando, había otras, dos a su derecha y dos a su izquierda, que avanzaban o retrocedían con él. Identificó a las primeras como las de su Ángel de la Guarda; a las segundas, como las de su Demonio Tentador. También fue capaz de deducir con precisión matemática su tamaño y la envergadura de sus alas.

—¿Y todo eso lo pudo inferir a través de una huella en la nieve, una huella de un ser espiritual? —preguntó el embajador de España.

Lord Leighton Buzzard le contestó.

—Fue una circunstancia afortunada. Ese día, todos los planetas, a excepción de la Tierra, estaban al otro lado del sol y había una fuerza de gravedad muy especial, capaz de afectar también a los seres espirituales. De otro modo no hubiera podido ver esas huellas.

—¡Ah! —dijo el embajador como si asintiera, incapaz de disimular su perplejidad. Terminó por decir—: Debo reconocer que mi relación con los ángeles no es muy buena.

Lord Wandsworth quiso atajar cualquier objeción:

—Nada importa que usted sea ateo o agnóstico. Lo determinante otra vez es su nacionalidad. A ojos del mundo los españoles son todos católicos. Su nación ha hecho muchos méritos para ello. De modo que, en esta porción del cielo, aquí sobre nuestras cabezas, tiene que haber bandadas de ángeles anglicanos en estado de alerta, los nuestros de la guarda, uno por cada uno de nosotros al menos, más aquellos otros, libres de servicio, que hayan venido en ayuda de los nuestros, dado el gran peligro que, en su opinión, debe de suponer para nuestras almas la presencia de un católico, nada menos que el embajador de España. Es usted el mejor cebo para nuestros ángeles.

—¿No los oye revolotear, embajador? —interrumpió lord Leathersdale rompiendo un extraño mutismo que había llamado la atención del embajador—. Escuche, escuche. ¡Qué aleteo sinuoso!



EL OÍDO INGLÉS

—Acaso el idioma inglés suene como ese aleteo de ángeles que yo no soy capaz de percibir —dijo el embajador—. Si algo envidio de ustedes es el oído —añadió—. Los ingleses están muy lejos de la creatividad musical de los pueblos centroeuropeos, incluso de nosotros los españoles, que no destacamos precisamente por nuestro cultivo de las artes musicales. Pero tienen el mejor oído de la tierra. Ustedes oyen a los ángeles, estoy seguro. Y yo, a pesar de haber sido educado parcialmente entre ustedes, no. Los sonidos que emiten deben de ser tan sutiles como los del propio idioma inglés, único en el mundo que no basta con saber bien para entenderlo. Muchos de mis compatriotas, que me consta lo conocen a la perfección, no pueden ver una película sin la ayuda de subtítulos, porque para entender los diálogos necesitan leerlos. El idioma inglés cuando se escribe es de todos, pero cuando se habla es exclusivamente suyo.

—Tiene usted razón, embajador —reconoció lord Leighton Buzzard—. Y eso está siendo un problema para nosotros.

—¿Para ustedes, dice?

—Sí, señor. Un problema muy serio, que podría llegar a aislarnos del resto del mundo. Y sé de lo que hablo. Tengo muchas reuniones en el extranjero.

—En todas ellas habla usted en inglés y sus interlocutores también. ¿Cuál es el problema? —preguntó confundido el embajador.

—En esas reuniones yo apenas entiendo lo que allí se habla, mientras que los demás —me refiero a alemanes, italianos, chinos, españoles, japoneses birmanos, árabes franceses, polacos, portugueses— se entienden entre ellos perfectamente. Hablan en inglés, sí, pero es un inglés que no es mi inglés, que es el inglés de ellos, de todos ellos. Hay un inglés internacional creciente y un inglés para ingleses que está convirtiéndose en minoritario. Y yo dudo de nuestra capacidad para aprender ese inglés internacional. Por eso pienso que es el problema más serio que vamos a tener en los próximos años. Necesitaríamos un sistema portátil, una especie de pantalla pectoral, como una pizarra colgada del cuello, en la que aparecieran en subtítulos las palabras del hablante. No me cabe duda de que sería un invento muy rentable. Ya que ustedes los españoles no lo inventan, deberíamos hacerlo nosotros. Y estoy seguro de que lo haremos el día en que este problema sea percibido por suficiente número de ingleses. Siempre hemos sabido resolver nuestros problemas. Ya se lo he comentado a lord Wandsworth.

Pero este se hallaba distraído con otros sonidos:

—Chiiss, un momento de silencio, por favor —pidió lord Leathersdale—. ¿Escuchan? ¿Oyen lo que yo oigo? Debe de haber más de cien ángeles encima de nuestras cabezas.

El embajador no pudo reprimir una abierta sonrisa.

POLVO DE ÁNGELES

—Hubo un tiempo en el siglo xviii —comentó lord Cheddington— en el que desde Francia se impuso la moda de prescindir del arte pictórico en los hogares. Las casas se quedaron vacías de cuadros. De algún modo nuestra *Oxymoron Room* responde a aquel reflejo de pureza. Aquí nos rodean árboles y flores, agua y sol y de noche las estrellas. Nada encontramos más digno de admiración que el universo que nos rodea. Algunos artistas modernos pretenden hacernos creer que tienen el don de convertir en Gran Arte lo que no son sino ínfimos pastiches de la obra de la Naturaleza. Lord Leathersdale, que es un gran experto en el comercio de toda clase de bienes, aun los más raros, lo sabe muy bien.

—Lo que más se cotiza hoy en el mercado son las plumas de ángel —aclaró el aludido—. La actriz Elizabeth Taylor poseyó una, ahora en ignorado paradero. Pero hay algo por lo que daría mi entero patrimonio: el echarpe mágico o la bufanda mágica. Es un tejido formado en el cielo, un cielo que es el éter y también la morada de los ángeles. En 1666, año señaladamente diabólico, los ángeles huyeron de Londres durante los tres días de septiembre que duró el incendio que destruyó la ciudad. Alguien, según costumbre, culpó a los católicos de haberlo provocado. Y uno se pregunta: ¿los ángeles son católicos o son protestantes? Porque también se dice que fue la acción de dos ángeles muy jóvenes los que lo causaron con la fricción de sus alas mientras hacían juegos de amor sobre la panadería de un tal señor Hogarth. Tienen las alas de ángel un polvillo que es como átomos de plata, como el resplandor de una varita mágica, a veces en esa confusión de cuerpos y de alas que provoca el amor entre los ángeles se produce una combustión que llega al suelo en forma de chispas muy capaces de provocar un gran incendio. Pero como nada destruye lo que emana de los ángeles, el calor volvió a lanzar hacia arriba aquel polvillo que con el tiempo fue juntándose hasta formar una especie de bufanda o de chal. Muchos años después caería a las puertas de una oficina bancaria donde una joven emigrada polaca trataba de resguardarse del frío, cubierta de cartones, para pasar la noche. Al lado de la joven había un cachorrillo de labrador. El chal cayó sobre ella desde la cúpula de Saint Paul meciéndose como un milagro venido del cielo. La joven se cubrió con aquella tela y se sintió tan cómoda y feliz que el placer entró en ella en forma de orgasmo sobrenatural sin que su pensamiento estuviera ligado a lo erótico. El perrillo aullaba a su lado y parecía experimentar idéntica sensación.

MATERIA OSCURA

Lord Leighton Buzzard dijo:

—Usted, embajador, debe saber muy bien lo que es la materia oscura. —Y, sin esperar respuesta, añadió—: Los astrónomos la han detectado por los efectos gravitatorios que causa en la materia visible. ¿Ha visitado usted una granja avícola? Apretados en un espacio mínimo, los animales sufren problemas de histeria, canibalismo, alteración de la sexualidad. ¿Ha visto una explotación intensiva de cerdos? A las hembras, tras sufrir una dolorosa fecundación artificial, se las mantiene atadas a una máquina que las obliga a amamantar a sus crías todo el día. Son inseminadas una y otra vez, sin el mínimo consuelo de un solo apareamiento. Cuando no pueden resistir más se las sacrifica. Ya sé que se estará preguntando qué tiene que ver todo esto con la materia oscura. Pero un miembro de nuestro club, el reverendo Leonard White, ha descubierto la naturaleza de sus misteriosas partículas. Las vio, o las vislumbró, o acaso, las intuyó. Sus hijos no pudieron reconocerlo cuando volvió a casa. Tenía los ojos espantados y había perdido todo el pelo. Su testimonio fue muy pobre, porque White enloqueció. En sus notas dejó escrita esta frase: «He visto la materia oscura: Son los espectros de los miles de millones de animales sacrificados y muertos por el hombre que pululan por el éter expresando el inmenso dolor sufrido».

CERDOS QUE HABLAN

–Caminamos ciertamente hacia un mundo extraño –comentó Lord Wandsworth, que añadió–: ¿sabían que los cerdos ya pueden hablar? Esto no es ningún relato de ciencia ficción. Esto es una noticia de los periódicos ingleses.

El murmullo de asombro fue grande.

Lord Wandsworth continuó:

–Un experto en fertilidad del Imperial College de Londres ha insertado genes humanos dentro de células jóvenes de esperma de cerdos machos, lo que permitirá que los órganos de sus crías puedan ser transplantados sin rechazo a los humanos. En el Reino Unido cinco personas entran cada hora en lista de espera y solo una recibe un trasplante. Las otras mueren. Esa manipulación genética resolverá el problema. Los cerdos padecen enfermedades muy parecidas a las nuestras, catarros, diabetes, etcétera, y sus órganos tienen un tamaño muy humano. Todo eso ayuda. Se empezará por transplantar el hígado, uno de los órganos más demandados; luego seguirán los demás: el corazón, los riñones, quizá los pulmones. Está previsto que en un plazo de unos cinco años exista un suministro prácticamente ilimitado. Los cerdos se criarán a pie de hospital. Se les tendrá en un ambiente libre de virus, muy aséptico, a lo que ayudará mucho el natural limpio, en contra de lo que suele creerse, de los cerdos. Está previsto que cada hospital disponga de una granja con no menos de cien animales de unos ochenta kilos de peso para que el tamaño de sus órganos no exceda las medidas humanas. El proyecto, por algún obstáculo de la burocracia europea, ha tenido que llevarse a Estados Unidos. Allí ha surgido un problema de última hora no previsto por los científicos. Parece que estos cerdos, a los que se ha alterado su sistema genético con células humanas, han llegado a hablar. Un día uno de ellos, poco antes de que le abrieran en canal para extraerle el hígado, el corazón y los riñones, gritó: «¡No me hagáis esto por favor. Os lo suplico!».

Desde ese día se les extirpa la laringe. Ahora son mudos.

NO ASESINEN A NUESTROS ZORROS

—Por una extraña asociación de ideas he recordado aquella época en la que se exportaban zorros ingleses a la Argentina —dijo el embajador de España—. Salían de Liverpool buques cargados de zorros vivos que llegaban famélicos y despeluchados a la Argentina. Allí se les cuidaba y se les engordaba y, ya sanos y fuertes, se los liberaba en las pampas para que jinetes vestidos a la inglesa, todos como maestros de ceremonia, con las chaquetas rojas y los pantalones blancos bien ceñidos, las botas altas, las gorras negras, les dieran caza. Mi padre, de niño, fue testigo de ello cuando mi abuelo era embajador en Argentina, por entonces la sexta o séptima potencia económica del mundo.

Mi propio abuelo asistió a alguna de aquellas cacerías hasta que las protestas del pueblo inglés acabaron con ellas. Y no me he equivocado: las protestas del pueblo inglés, no las del pueblo argentino. Cada semana había manifestaciones, bien es verdad que muy poco nutridas, ante la residencia del duque de Northminster. Al fin y al cabo por toda Inglaterra se cazaban miles de zorros. Un buen día, sin embargo, una de las pancartas acertó con un mensaje muy eficaz y la prensa popular se hizo eco de la protesta. Enseguida la opinión pública inglesa se mostró abiertamente hostil al negocio del duque. La afortunada pancarta decía: «Los argies —así llaman ustedes despectivamente a los argentinos— asesinan a nuestros zorros».

NO SE HA HECHO JUSTICIA

—Bueno —comentó lord Belmarsh—, un exceso de nacionalismo acaso. Pero convenga conmigo, embajador, que no hay nube que no traiga su hilillo de plata. Hace muy poco tiempo —añadió— un nieto de este duque, también duque de Northminster, protagonizó una historia más bien desagradable. Un buen día, en Belgravia, muy cerca de su embajada, apareció un zorro que se puso a revolver entre las basuras. Desde que el gobierno del señor Blair prohibió su caza han proliferado en exceso y deambulan famélicos por los campos en busca de alimento. Algunos se atreven a adentrarse en las ciudades, como este zorro de Chelsea que había aprendido a rasgar con sus dientes y pezuñas las bolsas de basura para extraer lo que hubiera de comestible. El olor de los desperdicios atrajo enseguida a otros zorros, todos igual de hambrientos. Un chofer, que esperaba al volante de un Rolls, advirtió que uno de los animales llevaba un pie humano entre los dientes; otro, lo que parecía una mano. Alertados por el excitado chófer, otros chóferes y algún sirviente de las residencias vecinas salieron en persecución de los zorros; no los pillaron, pero sí recuperaron los restos humanos.

La policía investigó el caso. El pie y la mano pertenecían nada menos que al duque de Northminster, el nieto o bisnieto del que nos ha hablado usted. Naturalmente se inspeccionaron de inmediato otras bolsas y aparecieron más restos humanos: una tibia, una mandíbula. Todos pertenecían a la misma persona. O sea al duque.

Se creía, sin embargo, que el duque estaba en su finca de caza de España, una de las más grandes de la península. No fue difícil averiguar que no había salido de Londres. Su joven esposa, lady Northminster, de soltera Mademoiselle Lorraine Boissieu, francesa, ex modelo de alta costura, lo había asesinado. Se trataba de la misma L. B. que había firmado en París con la famosa actriz B. B., un manifiesto contra la crueldad hacia los animales.

El día en que el duque debía de salir para España, lady Northminster liberó al chófer portugués, Manuel, de su obligación, pues, según le dijo al darle el día libre, deseaba estar a solas con su esposo camino del aeropuerto. Ella misma conduciría el coche. Algo que, según comprobó Scotland Yard, nunca hizo. Esa misma mañana lo envenenó; desangró su cuerpo en la bañera y en los días siguientes lo despiezó, metió los trozos en bolsas y los fue echando a la basura.

Se especuló mucho sobre el móvil del crimen. Ni en el seguro de vida ni en el testamento de su marido se la contemplaba como beneficiaria. Pero era notorio que el duque de Northminster había sido hasta el 2005, año de la prohibición, un gran cazador de zorros. Y ella, cuando se casó con él, tenía que saberlo.

—Se hará justicia, señora —dicen que dijo el detective que resolvió el caso en el momento de colocar las esposas a la lady.

—¡Imposible! —replicó ella enojada—. Para eso, tenían que haber dejado que lo comieran los zorros.



EL ÚLTIMO

—Un inglés ideó un artefacto para conseguir plumas de ángel —intervino lord Leighton Buzzard—. Y es curiosa la historia ¿no es cierto, Bruce?

—Pues sí —replicó lord Wandsworth—. Curiosa historia y curioso personaje su inventor. Hoy se cree que se trata nada menos que de Jack el destripador. En principio era un muchacho normal, ni muy bueno ni muy malo, ni muy listo, ni muy tonto, ni muy alto ni muy bajo. No destacaba en nada. No era el primero y tampoco el último. Porque, desde las palabras de Jesús, los últimos serán los primeros, estos y aquellos se tocan y a veces se confunden. «¿Qué me tendrá reservada la vida? —se preguntaba—. No destaco en la caza del zorro, no tiro bien a pistola, no escribo bien, no tengo el mejor oído del mundo, no estoy dotado para la música, no soy el mejor con los naipes. Algo habrá en lo que sea el primero, pero ¿qué?». Siempre que iniciaba una actividad nueva tenía la esperanza de ser muy bueno en ella. En cierto modo exploraba sus habilidades con la emoción del descubridor que se adentra en los lugares más recónditos del mundo. Un día pensó que, si no estaba a su alcance ser el primero en un ámbito de valores convencionales, podría serlo con facilidad en aquello que la sociedad había proscrito y se dedicó a asesinar semejantes. Pronto sus crímenes debieron de parecerle escasa compensación a su mediocridad e ideó un artefacto para matar ángeles. Por fortuna sus propósitos no se cumplieron, o al menos no se cumplieron del todo, porque con la singular ballesta que construyó lo único que consiguió —y eso muy de vez en cuando— fue ver cómo caían de las alturas algunas plumas brillantes, plateadas, sólidas y evanescentes al tiempo. Eran plumas de ángel.

PLUMAS DE SWEDENBORG

El embajador enarcó las cejas divertido.

—No lo tome a chirigota, embajador —dijo lord Leatherslade—, Jack *the Ripper* merece nuestro desprecio, pero nunca Emanuel Swedenborg, el gran maestro de la angeología, que, aunque nacido en Suecia, fue un londinense verdadero. Tenía grandes habilidades manuales, intelectuales y científicas; fue filósofo, literato, astrónomo, cartógrafo, ingeniero; se anticipó a la teoría nebular de Laplace, diseñó una nave que pudiera moverse en el aire y otra que pudiera navegar bajo el agua. Y precisamente aquí, en nuestra ciudad, su vida cambió. Un día de abril de 1745 estando en su casa, miró distraído a la calle: un viandante la cruzaba. Sintió hacia él una simpatía instantánea. Para su sorpresa, el hombre llamó a su puerta. La abrió y quedó rendido. Hizo lo que todo inglés haría en su caso: le invitó a tomar un té. Aquel hombre manifestó ser Jesucristo y le pidió que explicara al mundo el camino correcto.

Ese día nació el Swedenborg visionario. Tenía cincuenta y siete años; vivió casi treinta más, en los que fue registrando sus visiones en prolijos tratados. Estoy seguro de que, a su muerte, su alma, tan rica y compleja, dio lugar no a un solo ángel, sino a muchos, tantos como actividades había cultivado tan brillantemente en vida: encuadernador, ebanista, óptico, relojero, astrónomo, ingeniero, matemático etcétera, etcétera.

Yo he calculado que no menos de treinta ángeles pudieron surgir de su alma. Y todos ellos, o una buena mayoría de ellos, estarán aquí ahora, encima de nosotros, pululando sobre nuestras cabezas. Porque Swedenborg, como ya le he dicho, era un enamorado de Londres.

El embajador, incapaz de discernir si se le hablaba en serio o en broma, volvió a dejar escapar una sonrisa.

—Es muy importante esto —vino a aclarar lord Leathersdale, que se había puesto a manipular un extraño objeto—. ¿Imagina, embajador, cuánto valdría hoy en el mercado una sola pluma de estos ángeles salidos del alma de Swedenborg? Hay muchísimo dinero involucrado. Mire este pequeño artefacto.

Le mostró una pequeña pirámide de base muy estrecha, con una boca en la cima.

—Es la versión actualizada de aquel invento. Este es de titanio y lanza un *bullet* de centenares de globitos diminutos con la potencia de un rifle. Salen disparados en vertical, se hinchan en lo más alto y cuando descienden se les abren estos bracitos como aspas de molino. Son muy livianos. Pero cuando atraviesan una zona muy poblada de ángeles, como la que sin duda tenemos sobre nuestras cabezas, es probable que les arranquen alguna pluma.

EL ÁNGEL DE LONDRES

—No solo las personas tienen su particular Ángel de la Guarda —dijo lord Stormontgate—. También las ciudades y hasta los barrios. El Ángel de la Guarda de Kensington era un Arcángel, bellísimo, grande, con alas nacaradas, suaves al tacto pero firmes y flexibles como cartílagos. Sobrevolaba perezosamente los tejados y se sentaba sobre la cúpula del Royal Albert Hall, sobre la cúspide del Marriot, sobre la torre y los jardines elevados del Imperial College.

Llevaba algunos días atraído por una vecina de De Vere Gardens que enseñaba español en la universidad: una belleza morena, solitaria, graciosa, de espléndido cuerpo y fuerte personalidad. Se movía por la casa desnuda y erguida como una modelo y así se tumbaba en la cama bajo un ventanal abuhardillado como para contemplar el cielo.

El ángel se pasaba las horas muertas sobre su tejado. Desplegaba sus alas, hacía piruetas, y ronroneaba una melodía ultrasónica que a ella le llegaba como un adormecimiento. Un día se atrevió: atravesó el cristal, sin romperlo ni mancharlo, y la penetró.

Luego, por esos misterios de la mecánica amorosa, se quedó enganchado a ella, como ocurre a veces entre los canes, y al irse no tuvo más remedio que llevársela consigo.

Al Ángel no se le veía desde la calle, pero sí a ella, volando por los cielos boca arriba, la melena negra al viento, desnuda y extasiada.

El Ángel, que advertía la conmoción creada entre la gente, perdió la orientación, se alejó hacia el este y entró en un barrio de musulmanes. Cuando se dio cuenta ya era tarde. Y, acaso por el susto, notó cómo se aflojaba el punto de unión que tenía con ella. Lo último que deseaba es que se hiciera daño cayendo al vacío, de modo que descendió con cuidado hasta dejarla delicadamente en el suelo. Luego volvió a las alturas.

Pero los vecinos del barrio, escandalizados de la belleza desnuda —para ellos una hurí expulsada del Paraíso—, la rodearon, la golpearon, la rociaron con gasolina y le prendieron fuego.

Ya en la otra vida, el espíritu de la bella se unió al Arcángel con el que disfrutó a placer.



EL ÁNGEL AZUL

—¡Una extraordinaria historia, con un final feliz inesperado! —exclamó lord Leatherslade.

—Así es —corroboró lord Stormontgate—. Y a nuestro amigo el embajador le gustará saber que la protagonista de la historia fue una compatriota suya. Era bellísima aunque había cumplido los cuarenta. Atraía incluso a los más jóvenes que ella. A todos conquistaba y a ninguno se rendía. Vivía sola en un piso abuhardillado. Desde allí no podía asomarse a la calle y a ella solo se la podía ver desde el cielo porque los ventanales que la iluminaban se integraban en el tejado al que seguían en su inclinación. Por eso caminaba desnuda libremente por su casa y se bañaba perezosamente bajo el ventanal del baño. Luego se tumbaba en la cama con las piernas y los brazos abiertos como a la espera de un enviado del cielo. Disfrutaba de su cuerpo desnudo. Un príncipe azul era poco para ella.

Nadie podía verla, su cuerpo era como un tesoro que no deseaba compartir con nadie. Se miraba en el espejo varias veces al día, en el del salón y en el del pasillo. También en el reflejo de los ventanales.

Un día medio somnolienta, después de haberse solazado una vez más con los que afuera seguían deseándola en vano, vio un avión surcar el cielo. Un pensamiento la deleitó: Ah, si pudieran verme desnuda —se dijo, como si su cuerpo fuera el paraíso—. Desnuda era una palabra que empleaba mucho. Oyó un ruido de espadas, como de caballeros luchando por ella. Luego un ángel entró por el ventanal sin romperlo ni mancharlo, tenía la espada desnuda. Sintió miedo y también un intenso impulso amoroso. Era su Ángel Azul.

LOVING ANGEL

–Swedenborg nos dejó dicho: «El hombre y la mujer que se han querido en la tierra formarán un solo ángel en el Cielo» –enfaticó lord Winson Green.

Entre los lores hubo un silencio de iglesia católica durante la elevación.

Lord Leighton Buzzard, al que gustaban los matices científicos, puntualizó:

–Me temo que no sea el caso. En el cuento de lord Stormontgate intervienen un ángel y una mujer y Swedenborg habla de un hombre y una mujer. Yo los veo como esa taza del amor, *Loving Cup*, que tiene dos asas, una para él, otra para ella, lo que permitía a nuestros matrimonios campesinos compartir su te. A este ángel podríamos llamarlo Ángel del Amor, *Loving Angel*.

El embajador respetó enfático el murmullo de aprobación que siguió. Luego, como si pensara en voz alta, dijo:

–Me temo que su Swedenborg no fue del todo original en este punto. Su Ángel del Amor sería una reversión del mito griego según el cual el ser humano en un principio era solo uno, asexuado, en perfecta armonía consigo mismo; hasta que un día por desobedecer a los dioses estos lo castigaron separándolo en dos mitades, condenadas a vivir buscando su otra mitad. Pero hay algo que me llama más la atención todavía. La taza del amor, de que habla lord Stormontgate, se puede romper y se puede pegar, se puede comprar otra o se puede sustituir por dos tazas. Pero ¿el Ángel del Amor no es acaso para toda la eternidad?

–Precisamente –respondió lord Leighton Buzzard.

–Ahí veo yo el problema, sobre todo para los matrimonios ingleses –argumentó el embajador–. Me lo acaba de sugerir el recuerdo de una exposición de más de trescientos rostros españoles que he visto en Madrid. Dice la artista, una española, que, tras vivir treinta años en Inglaterra, se asustó al reencontrarse con las caras de sus compatriotas. Los ingleses reprimen el gesto, no muestran su estado de ánimo; los españoles viven, por el contrario, en el gesto: de asco, de ira, de disgusto, de desesperación, de placer, de risa, de sorpresa, de rabia.

Entre los lores se suscitó un mudo conato de perplejidad reprimido de inmediato por la tentativa de una media sonrisa colectiva que ni siquiera llegó a esbozarse.

–Quiero decir, señores –añadió el embajador–, que dada la exquisita manera que tienen ustedes de relacionarse, siempre fieles a una regla de palabras melifluas –*sweetly, sweetheart, darling, love, little thing* y cosas así–, hasta el cielo puede llegar a confundirse y tomar por pareja feliz lo que no es sino exquisita cortesía. ¿Se imaginan, juntos en el mismo cuerpo angélico sin poder soportarse y para toda la eternidad? Algo, desde luego, muy poco probable entre los matrimonios españoles.



LA PLUMA DEL ÁNGEL

—Hay entre nosotros una gran tradición angélica, no tanto religiosa como cultural, pero, acaso sí, tan comercial como cultural —explicó lord Cheddington—. Usted sabe, embajador, que las alas de los ángeles tienen que ser dos o tres veces la envergadura del cuerpo. De otra manera no servirían para volar. Y pesan muy poco. Sus plumas blanquísimas parecen hechas de copos grandes de nieve.

—Falampos, diríamos en español —precisó el embajador.

Lord Cheddington hizo caso omiso del matiz.

—En Londres —siguió diciendo— hay mas ángeles que en ninguna otra ciudad del mundo, por cada institución, por cada casa, por cada automóvil, por cada persona hay un ángel. A los ángeles no se les ve. Pertenecen a otra realidad, no humana, pero están ahí, vigilantes, abnegados, sonrientes. Ningún material es más valorado en el mundo que la pluma de ángel. Dicen que quien ha llegado a ver alguna no piensa en otra cosa. Hay en Londres un gran mercado de plumas de ángel. Y en alguna galería se subastan casi en secreto. A veces algún falsificador aparece asesinado. En ese mercado son fundamentales los seguidores de plumas. Su precio es superior al de cualquier joya o piedra preciosa.

—¿De verdad que esperan conseguir una pluma de ángel? —se asombró el embajador con la vista puesta en el cielo.

—Sí, señor. Todas están cotizadísimas. A veces pienso que no habría dinero en el mundo para pagar una pluma de Swedenborg. Se cuenta que un jeque árabe pagó por una de ellas cien millones de libras esterlinas, una sin autenticar.

ARTE MAYOR

—¡Cien millones de libras esterlinas por una pluma de ángel! —dijo el embajador, que, tras una pausa, añadió—: ¡Cómo no sentir admiración por sus habilidades para el comercio! ¿Han oído hablar de un escritor llamado Rafael Barrett? Le gustaba mucho a Borges, acaso porque ignoraba que era español. Barrett, como hombre de su tiempo, solía hablar de razas. Decía por ejemplo: «Las razas latinas crean el Arte y las anglosajonas lo comercializan».

Los lores escuchaban con enorme interés.

—Seguro que recuerdan —prosiguió el embajador— al gran Rupert Barlow, director de la sección de Arte de uno de los diarios más importantes de Londres. Barlow, desde luego, no conocía a Barret, pero un día en que visitaba un pueblo del interior de Sicilia, en la provincia de Caltanissetta, supo de un tal Tommasino Paladino, que se estaba construyendo una casa con sus propias manos. Llamó su atención una especie de pirulí de ladrillo instalado en paralelo a la cúspide del tejado, con un pico de hormigón que parecía un embudo dirigido hacia media rueda de automóvil. Para todo el mundo aquello era un disparate más.

—¿Eso qué es?

—Un tigre cayendo sobre un conejo —contestó el hombre.

—¡Fascinante! —exclamó Barlow que añadió—. ¿Cuánto quiere por la casa?

El rústico le miró con astucia y medio en broma le soltó una cifra loca. Barlow le tendió la mano.

—Hecho —replicó.

—¿No quiere que la acabe? —preguntó el rústico algo arrepentido.

—No se preocupe —contestó Barlow—. Derríbela y siga mis instrucciones. Un espejo que se rompe en fragmentos se convierte en muchos espejos.

Una vez derribada, Barlow le ordenó que recogiera determinados cascotes y los pegara sobre bastidores. Le pidió que añadiera unas manchas de pintura, unos cuantos pedazos de cepillos de rastrillar y varios utensilios más de ese o parecido tenor. Luego le hizo llevarlo todo a la plaza del pueblo.

Nadie osó discutir que aquellos centenares de objetos pertenecían al Gran Arte. En ellos se exaltaba lo que de sublime y bello se escondía en lo más insignificante. Su cotización alcanzó tales cifras en el mercado mundial que hasta al remoto pueblo siciliano llegaron los beneficios. Barlow donó la fuente de la plaza principal y el propio artista, aquel Tommasino Paladino, entregó al cura sus buenos dineros para que pudiera restaurar la torre de la iglesia.

La desgracia quiso que Rupert Barlow muriera a los pocos meses de un infarto de miocardio. A alguien del pueblo se le ocurrió entonces solicitar su canonización. La mayoría de los lugareños aseguraba haberlo visto obrar ese milagro que se necesita para ser elevado a los altares. Más de uno declaró que, el día en que sacaron los escombros a la plaza, el resplandor del sol, ese sol suyo de cada día, se derramó sobre ellos como un hálito de otro mundo, un mundo sobrenatural.

Tommasino, ya por entonces un artista universalmente celebrado, lo consideró una ofensa personal y se negó a volver por su pueblo.

La canonización presentó sin embargo un obstáculo insalvable: Rupert Barlow no era católico y parece que ni siquiera creía en Dios.

EN LA ESQUINA

Los lores asintieron con un movimiento de cabeza y golpes de sus manos sobre la mesa, acompañados de un runrún ininteligible que recordaba el murmullo aprobatorio de los comunes en el parlamento.

Lord Winson Green meneó su cabeza de abundante pelo rizado, casi como el de un zulú, y soltó una carcajada.

—Sí, este Rupert Barlow consiguió grandes cosas, no sé si para el arte, pero sí para su economía. Yo recuerdo ahora a un mendigo que se había instalado día y noche en la fachada del museo Victoria and Albert, en el retranqueo que da al mediodía. En un pequeño espacio, el más cercano a la esquina permanentemente húmeda de orines, tenía un colchón, una manta, bolsas de plástico en abundancia, llenas o medio llenas, muchos cartones y una mochila.

Rupert Barlow, en la inauguración de la retrospectiva de Bacon, se detuvo frente a él.

—¡Ah, esto es el Arte! —exclamó.

Luego pronunció unas palabras extrañas que más bien parecían una ecuación de Einstein:

—Vida igual a movimiento más tiempo.

Ni que decir tiene que la gente, desde ese día, comenzó a agolparse en la esquina para ver al mendigo. Algunos ni siquiera entraban al museo.

—Vida igual a movimiento más tiempo —se decían unos a otros.

Pronto hubo más gente fuera que dentro. Los colegiales más jóvenes, que venían en grupos de veinte o treinta bajo la tutela de sus profesores, rehusaban entrar en el museo, enfrascados en la contemplación de aquella esquina.

El director del Victoria and Albert comenzó a preocuparse y resolvió hablar con el mendigo. Quería que su exhibición quedase incorporada a la oferta del Museo. Para su sorpresa, el mendigo ya había vendido sus derechos al gran Barlow, de modo que no tuvo más remedio que firmar un compromiso con él, un contrato por diez años con una cláusula de rescate digna de un futbolista.

A muchos les pareció un escándalo. Pero el gran Barlow tenía también la titularidad de la ecuación: «Vida igual a movimiento más tiempo». Y eso, como él bien decía, había que pagarlo.

ÉLOGIO DE LA NECEDAD

Los lores rieron como es de suponer en ellos, sin emitir sonido alguno, con una exagerada mueca de máscara. El embajador arrugaba la frente y fijaba sus ojos en Antonio, el camarero español, que permanecía de pie con los brazos atrás junto a la mesa auxiliar.

Lord Winson Green volvió a intervenir:

—Mejor no diga nada, embajador, que aquí, como en las comisarías de policía —bromeó—, todo lo que se diga puede volverse en contra de uno mismo. Pero, a propósito del Victoria and Albert Museum, permítame que le cuente algo más. ¿Se acuerdan de aquel Tom Higgins que fue fotógrafo de Su Majestad hasta que decidió pasarse al Arte con mayúsculas? Le gustaba fotografiar a la gente que hacía cola en el V&A para ver al mendigo; hizo también muchas fotografías de los visitantes de la Tate Modern durante los años más atrevidos. Qué hizo con esos retratos, se preguntará usted. Higgins era un artista, así que los expuso con cuidado de que no hubiera un solo rostro identificable. Aquellos rasgos concretos pasaron a representar una abstracción, pero una abstracción oblicua. Y qué abstracción era esa, me dirá usted. El propio Higgins lo desveló con el título que eligió para su exposición: *Homenaje a Erasmo de Róterdam*. Me consta que el gran Barlow le comentó: «Tontos incapaces de reconocerse. ¿No sería mejor retirar los retratos y poner un espejo?». A lo que Higgins le replicó con un reproche: «¿Cómo puede un crítico tan reputado decir tal cosa? En el espejo también saldría usted. El espejo además no implica interpretación, y eso es lo que aporta el artista».

LA GRIETA

Lord Leighton Buzzard, que había mostrado su inclinación hacia el enfoque científico de las cosas, se animó:

—Ya conoce usted la teoría de la relatividad, embajador. Todo depende de las coordenadas. Y no hay ninguna coordenada fija. Yo no creo que sean los ingleses los más virtuosos vendiendo arte. Aquí ha habido artistas muy renombrados de otras nacionalidades que han sabido sacar grandes beneficios a sus obras.

El embajador asintió con la cabeza. Hubo además un generalizado murmullo aprobatorio.

—Desde Londres el arte deslumbra al mundo —opinó lord Winson Green, que añadió—: Y, claro, muchos se aprovechan, porque son muy pocos los que se atreven a oponerse al dictamen de sus directores de galerías y museos. En la Tate Modern se exponía una raja en el suelo, sí, como lo oye, una grieta abierta en una plataforma de cemento que podía confundirse con el propio suelo. Pero la raja era eso, simplemente una grieta, como provocada por un gran terremoto, tendría unos veinte metros de largo y nada más, cemento a un lado y otro. Un visitante de cierto país había preguntado la razón de su exhibición precisamente allí y se lo preguntó a un compatriota, el director general de actividades artísticas que acompañaba al ministro de cultura en una visita a Londres. La pregunta encerraba una crítica soterrada; la respuesta, sin embargo, fue de admiración, solo el gesto que precedió a las palabras pareció decir ¡qué maravilla!

¡Y vaya que fue una maravilla! Quien así había osado preguntar fue súbitamente succionado por la raja. Eso cuentan. Porque nunca más se le volvió a ver, al menos por aquellos andurriales del Gran Arte.

—Se dijeron muchas cosas de aquel hombre —comentó lord Stormontgate—. Lo más gracioso, que era un obseso sexual.

Todos rieron menos el embajador.

Lord Leighton Buzzard aclaró:

—Un obseso sexual abducido por la raja.

El embajador seguía serio, como pensativo. Dijo:

—Acaso esa abducción formaba parte de la obra de arte. Estaríamos hablando entonces de una Instalación.

DISEÑO REAL

—Los españoles hemos aprendido a vender cosas concretas: cebollas, naranjas, tomates; también herramientas y neveras y hasta coches y aviones; cosas tangibles, materia en fin — declaró el embajador—. Pero los ingleses ya han superado con creces esa fase. Ustedes —y aquí hizo un énfasis muy marcado— saben vender ideas, abstracciones. Y eso tiene un valor añadido muy superior a cualquier otro producto que pueda concebirse. ¿Qué es el Arte, sino una idea sobre un soporte intrascendente? Y ¿qué sería el pobre soporte sin la idea? Nada. Materia insignificante, una piedra, una tela, una madera, arcilla, metal, cosas, solo cosas... ¿Cómo nació por ejemplo el famoso Queen Brooch que tan de moda se puso entre las señoras del Cuerpo Diplomático del mundo entero hace una década?

Lo sé muy bien porque le ocurrió a solo unos pasos de aquí a un colega mío mejicano cuando iba acompañado de su esposa en la carroza de embajadores a presentar credenciales a Su Graciosa Majestad. De súbito una avispa entró en el carruaje. La mala fortuna quiso que el insecto picara en un ojo al embajador, y menos mal que ella se libró. El embajador, hombre de gran presencia de ánimo, logró golpear a la avispa con los guantes que llevaba en una mano. En ese momento, la carroza se detuvo y un lacayo de palacio abrió la puerta. Habían llegado a destino.

Imagínense lo desagradable y apurado de la situación. El embajador y su esposa no tuvieron más opción que seguir dócilmente al chambelán y así, en tan difíciles circunstancias, llegaron a presencia de la reina. Hicieron los saludos que manda el protocolo, entregaron las cartas credenciales y conversaron. La reina, sin reparar en el ojo hinchado del embajador, dirigió sus lentes de mano hacia el pecho de ella.

—¡Qué hermoso broche! —exclamó—. ¿No es fantástico? ¿De qué material está hecho?

La señora del embajador, horrorizada, descubrió sobre el borde de su escote a la avispa agonizante.

—¡Qué grandes diseñadores tiene su país! —comentó con halago, acaso exagerado, el duque de Edimburgo.

—Mucho me temo señor que debo contradecirle —dijo el embajador con el párpado como un huevo—: este broche es de diseño exclusivamente inglés.

—Interesante —comentó el Duque—. Ustedes los latinos son una fuente permanente de inspiración.

Lo que sigue ya lo saben. Ahí está el broche, el llamado Broche de la Reina que un joyero realizó por encargo de la Casa Real y que tanto se ha vendido entre la diplomacia del mundo entero.



BOLSA DE PETRÓLEO

—Algo había oído sobre el particular —dijo lord Leathersdale con una sonrisa heladora mientras probaba a disparar sus *bullets* para la captura de plumas de ángel.

Lord Wandsworth parecía contrariado.

—Yo no haría caso de semejantes habladurías —dijo—, sobre todo si conciernen a la familia real. Se comentan muchas cosas sin sentido.

—Por ejemplo esa supuesta bolsa del mejor petróleo del mundo descubierta en los jardines del Buckingham Palace. ¿Ha oído usted la historia? —preguntó lord Leighton Buzzard.

—No tiene ningún interés —quiso cortar lord Wandsworth—. ¿Para qué aburrir con tontas habladurías al embajador?

—Me extraña que el embajador no lo sepa —insistió lord Leighton Buzzard—. El cuento se atribuye precisamente a otro colega suyo, esta vez del este de Europa. Se dice que el principito Harry jugaba en los jardines de palacio cuando rompió un surtidor de agua y empezó a manar petróleo. Otra versión exculpa al principito, al afirmar que la cañería no resistió la presión del gas que acabó por infiltrarse en el sistema de riego del jardín. Detrás del gas brotó con fuerza el petróleo. El príncipe, un niño, se asustó ante el impetuoso chorro y salió corriendo. Se dijo que se trataba de una inmensa bolsa de petróleo de la variedad Texas Light Sweet, la más apreciada y valiosa. Hasta se dieron detalles de su valor en el mercado. Son muchos los que todavía hoy creen que el yacimiento sería capaz de desterrar la pobreza de Inglaterra durante más de cien años. El asunto, sin embargo, se cortocircuitó para que no llegara al gobierno. Quedó entre la Corona y un restringido equipo de asesores. Pensaron que por mucho que fuera su valor, más valía lo que representaba el palacio de Buckingham y, sobre todo, más valía la ciudad de Londres, símbolo de la libertad y del comercio, pero cuyas tierras pertenecen en buena parte a la propia corona. De modo que se decidió mantener oculto el yacimiento.

—¡Qué gran fantasía, señor! —exclamó lord Belmarsh.

—¿Se da cuenta, embajador? —preguntó lord Wandsworth.

—Bueno, a la altura de esas plumas de ángel —se atrevió a decir el embajador.

—¡Ahí caen, señores, ahí caen! ¿No las ven? —interrumpió lord Leathersdale.

PLUMAS CHAMUSCADAS

Se movían ingravidas y perezosas; de vez en cuando parecían tomar impulso y se desviaban de la vertical de las cabezas de los lores, pero al poco volvían a mecerse sobre ellos.

—¡Son hojas de árbol! —exclamó Antonio el camarero.

—Se alejan —se quejó lord Leathersdale.

—Son plumas negras —dijo lord Belmarsh—. No valen nada. En 1666, año del gran incendio, hubo una gran lluvia de plumas negras. La tradición popular asegura que pertenecían a los ángeles católicos que causaron el incendio de Londres.

—¿Es posible? —preguntó casi como una cortesía el embajador de España.

—No le quepa duda. Lo raro es que no se volviera a tener noticias de estos ángeles católicos de plumas chamuscadas hasta el hallazgo del cuerpo de Roberto Calvi, el maquiavélico banquero del Vaticano, que apareció colgando de un arco del puente de Blackfriars sobre el Támesis en junio de 1982.

—¿Blackfriars? —pareció reflexionar en voz alta el embajador.

—Sí —aseveró lord Leighton Buzzard—. Frailes negros, pero deberíamos decir ángeles negros. En ese lugar desemboca en el Támesis el segundo río de Londres, el Fleet, que también se volvió negro con el incendio y quedó soterrado por el crecimiento de la ciudad. Desde entonces ha sido la morada de esos ángeles católicos. Y la tradición *dixit* que seguirán ahí aherrojados hasta que un católico vuelva al trono de Inglaterra.

—Decía usted que se volvió a tener noticias de ellos a la muerte de Calvi —se interesó el embajador.

—Sí, eso dije. Y aunque sea difícil de creer hoy en día son todavía muchos los buenos ingleses que están convencidos de que Calvi fue asesinado por los ángeles católicos de ala chamuscada para evitar que su confesión revelara los turbios negocios del Vaticano. En principio todo el mundo aceptó que el banquero se había suicidado. Pero luego, a instancias de la familia, se reabrió el proceso y la policía científica comprobó sin ningún género de dudas que Calvi jamás había pisado el puente. En sus zapatos no había el menor rastro de contacto con el suelo. En el informe se dice textualmente: es como si lo hubieran traído en volandas. La imaginación popular puso el resto: los ángeles de ala chamuscada lo secuestraron y lo llevaron a su morada del River Fleet donde lo estrangularon; luego ya cadáver, lo trasladaron volando hasta el puente donde lo dejaron colgado para simular un suicidio.



ÁNGELES RADIATIVOS

El embajador dijo:

–No me importa reconocer que en España vamos muy a la zaga de ustedes. Esos ángeles suyos, ángeles de Swedenborg, ángeles católicos, ángeles de alas chamuscadas, provocan mi admiración. Ustedes tan pragmáticos y realistas, saben vender incluso el dinero que no tienen, que es el colmo de la abstracción, ahí están esos productos financieros tan imaginativos como evanescentes, de los que se ha venido hablado sin cesar durante estos últimos años. Ahora me dicen que han logrado crear un mercado de plumas de ángel. Solo puedo expresarles mi admiración.

–El elogio se lo aceptamos despojado de toda ironía, señor –contestó lord Leighton Buzzard–. Más, cuando sabemos el problema que ustedes han tenido con unos ángeles en una de sus centrales nucleares.

–Reconozco humildemente que están mejor enterados que yo.

–Pues sí, parece que se detectó una alarmante ralentización que amenazaba con parar el reactor. Los ingenieros descubrieron que una pareja de ángeles se había instalado en los tubos y los había atascado. Eran macho y hembra, y estaban apareándose. Aunque el asunto se trató con la discreción adecuada, es decir en práctico secreto, pronto se empezó a especular sobre su condición. ¿Eran ángeles huidos?, ¿vivían un romance a escondidas en los tubos radiactivos? A nosotros, ingleses, lo primero que nos hubiera preocupado sería el buen funcionamiento de la central y probablemente, a qué negarlo, habríamos divagado también sobre una hipotética devaluación del precio de sus plumas si se hubieran contaminado de radiactividad. En cambio ustedes se enfrascaron de inmediato en una polémica apasionada de alto contenido ideológico. Los partidos de la derecha querían sacar a los ángeles de los tubos a cualquier precio, incluso al de su exterminio. Su argumento era que estaban entorpeciendo la producción, aunque lo que verdaderamente les molestaba era que fueran ángeles de distinto sexo. La izquierda naturalmente se opuso con energía y llevó la protesta a las calles. Esos ángeles son una especie en extinción –argumentaban–. Hay que protegerlos. «Ya está bien de la dictadura de Dios», decían.

NAUFRAGIO EN EL MUSEO

—Volviendo a los museos —dijo lord Stormontgate—. ¿Después de una hora en cualquiera de ellos no han sentido ustedes una especie de desmayo? Creo que es bastante general. Aunque siempre hay casos muy especiales, como el de aquel vecino de Godalming, Surrey, llamado Johnathan Bryne, que, tras haber contemplado tantas maravillas juntas, se sintió como una persona nueva, distinta de lo que había sido hasta entonces. Casado desde hacía diecinueve años, todo le iba bien, sin pasión excesiva, naturalmente, puesto que ni Elly, su mujer, ni él se permitían como buenos ingleses ese mal gusto. En El Cairo, visitando el museo nacional egipcio, seguían la bandera británica de una guía, cincuentona, natural de los Midlands, que gustaba de hacer bromas entre las momias sobre vivos y muertos. Nuestro hombre se cambió de grupo y sin darse cuenta se encontró al lado de una mujer que no era la suya. Ya en el avión de vuelta, hicieron el amor en el lavabo, cosa harto insólita. En casa, en Italia, su vida amorosa fue un regalo de los dioses, hasta tres regalos recibían algunas noches. Ella los recibía con tales gritos que las vecinas a la mañana siguiente la miraban con envidia y a él con admiración. Un día regresó la hija del matrimonio que no le reconoció y todo se desvaneció como por arte de magia. Su padre era aquel hombre moreno cuyas fotografías abundaban por la casa. Johnathan tuvo que volver a Inglaterra. Su hija inglesa le recibió con este comentario: «Mucho me temo que papá ha vuelto». Parece que madre e hija, las dos, habían sido muy felices con el hombre de las fotografías de la casa de Nápoles, de la que acababa de regresar.

EL TRIÁNGULO

—Los museos tienen una especie de carga eléctrica que puede ser positiva o negativa — comentó lord Winson Green—. Yo sé de alguien que no volvió a entrar en uno después de una visita al Victoria and Albert. En una de las salas se exhibía una cama con dosel del siglo xvi. Había además dos retratos al óleo. Se trataba de los usuarios de aquel lecho, marido y mujer. En principio solo le prestó atención a ella. Tenía una piel traslúcida y los ojos azul violeta, los pómulos altos y la boca de labios muy llenos. Tuvo la impresión de que respiraba y también de haberla conocido. Aquellos ojos le penetraban hasta cancelar toda reserva ante ella. Apartó la mirada y se volvió hacia la cama. Sintió un fuerte calor en el rostro, mucho más que rubor. El lecho tenía un reclamo sexual muy cercano, nada teórico o ilusorio, era la fuerte conciencia sensorial de haberse solazado allí con la mujer del retrato. Pasó a la sala contigua y vio otro retrato: el de un hombre, también del siglo xvi, y su sorpresa fue mayúscula: era casi idéntico a él. Regresó a la sala de la cama y por primera vez se fijó en el rostro del marido. Había en sus rasgos algo fiero y agresivo, muy amenazador y desagradable. Ladeó el rostro y se topó con un visitante a sus espaldas. Era tan parecido al marido del cuadro, como él al retrato de la sala contigua. La señora está casada —le dijo al individuo con una voz que era toda una advertencia—. Abandonó el museo y, como ya he dicho, no ha vuelto a entrar.

EXTRAÑO VIAJE

—¿Conocen la curiosa historia de lord Dim en su trayecto al Buckingham Palace? —dijo lord Belmarsh mirando al embajador. Y sin esperar respuesta, añadió—: Ya saben que no conduce y que tampoco tiene chófer; es su mujer quien lo lleva y lo trae, pero esos días estaba en Italia. Pues bien, mientras esperaba el coche que había pedido en la esquina de Eaton Square con Belgrave Place vio algo extraño en un taxi que se detuvo allí mismo. Sus ocupantes, tres hombres, vestían la típica falda escocesa sin ropa interior. No sé cómo pudo verlo, pero lo vio, acaso porque hacían ostentación de sus partes pudendas. En cambio, al apearse ni siquiera llevaban falda, sino pantalones. Lord Dim se frotaba todavía los ojos cuando dos hombres se subieron a ese mismo coche. El lord sintió un raro impulso y tomó el primer taxi que pilló. Ordenó al conductor que siguiera al otro. Las calles, las casas, los coches, las ropas de la gente empezaron a cambiar... Apenas rebasada la rotonda de Hyde Park, él mismo llevaba una peluca del siglo xviii y su taxi había mutado en un carruaje tirado por dos caballos. Antes de entrar en la Buckingham Palace Road, ordenó al cochero que se detuviera y diera media vuelta con urgencia. En ese momento ya vestía una chaqueta de finales del siglo xvi. Tenía cita para un te con la reina y temía que si esta fuera Elizabeth I, la famosa Reina Virgen, le cortara la cabeza por católico.

¿A que le gusta el cuento, embajador?

LOS FANTASMAS DE LA TORRE

—Lord Dim es célebre por ese tipo de cosas —comentó lord Leighton Buzzard con una leve sonrisa—. Ustedes saben que no hay castillo inglés sin su fantasma. Lord Dim asegura que en la Torre de Londres abundan más que en ningún otro de Inglaterra, tantos al menos como pobres desgraciados fueron decapitados allí. La parte del alma que ocupaba el cuerpo persigue por siglos a la parte que ocupaba la cabeza. Muy pocas veces logra alcanzarla. Si lo consigue y las dos partes se unen, el alma abandona para siempre la Torre. Lord Dim estima sin embargo que aún deambulan por aquellos corredores más de mil almas partidas en dos. Son esas fuertes corrientes de aire que como coletazos invisibles circulan a media altura entre aquellos muros, dejando en el visitante una sensación desapacible y turbadora.

BRIGADOOM RECLAMA

A José María Merino

—Esto también lo contó lord Dim —dijo lord Belmarsh, a quien parecían divertirle especialmente las historias de fantasmas—. Frente al Parlamento se detuvo un taxi, uno de esos que son la admiración del mundo, con una sólida mampara de separación, con tres asientos amplios más dos trasportines enfrente y un aforo de cinco pasajeros, número que por ley no puede ser rebasado de ningún modo. Por eso cuánta no sería la sorpresa de lord Dim y la de quienes por allí pasaban cuando al cabo de una media hora seguían bajando personas, hombres, mujeres y niños. Bajaban más personas de aquel taxi que las que caben en un tren. Cuarenta, cincuenta, probablemente más de quinientas, todo un pueblo. Alguien al lado de lord Dim comentó: «Son los habitantes de Brigadoom, ese pueblo del norte que vive un día cada cien años, que han venido a Londres para exigir al Parlamento luz eléctrica».



VENTANAS

En una calle de Kensington and Chelsea –dijo lord Winson Green–, frente a un templo de la Iglesia de Escocia, hay un edificio con las ventanas tapiadas. Probablemente nunca fueran propiamente ventanas, pues solo tenían los cercos de piedra, siendo el muro que enmarcaban igual que el resto de la fachada. Durante varios días, al acabar la misa, algunos fieles oían gritos de socorro, no más altos que el maullido de un gato. ¡Por caridad cristiana, sacadnos de aquí! –parecían decir–. El misterio no hizo sino crecer y también los gritos. A un grafitero se le ocurrió pintar sobre aquellos paneles los cuarterones de una ventana a modo de trampantojos. Cesaron los gritos.

GRAN HERMANO

Lord Belmarsh dijo:

—Orwell imaginó ese ojo omnipresente controlador del ciudadano en un régimen nazi o comunista, pero se ha instalado en Londres, donde acaso haya más cámaras que en ninguna otra ciudad del mundo. Lord Dim cuenta también que, tras su visita diaria al Oratory, en Knightsbridge —ya se ha dicho que era católico—, acudía a su despacho en Belgrave Square y todas las mañanas se cruzaba a la misma hora y en el mismo sitio con un hombrecillo que vestía una gabardina tres cuartos. No se miraban pero se veían, puesto que si alguno se retrasaba, un hecho rarísimo, provocaba en el otro una mirada subrepticia al reloj. Un día se toparon en su lugar habitual de cruce con uno de esos andamios que cubre toda la fachada de modo que uno de los dos había de ceder el paso al otro. Quiso la fatalidad que una polea se desprendiera y, cayendo contra la caja de un camión, de rebote vino a dar sobre el hombrecillo. Allí mismo murió.

Lord Dim prestó declaración. Poco podía decir, aparte de lo evidente. La policía en cambio conocía el itinerario de lord Dim y también el del hombrecillo. Pero había una incógnita que las cámaras no revelaban. ¿De dónde venía el hombrecillo? Se le veía salir de Victoria Station para tomar luego Eccleston Street. Lo extraño es que ninguna cámara lo recogiera bajando de los trenes ni moviéndose por el vestíbulo de la estación. Interrogaron al personal del Oratory, a los sacerdotes, los sacristanes y los fieles; nadie lo había visto nunca. Los vídeos lo mostraban entrando en la iglesia pero a la iglesia no entraba. Era como un fantasma que recorriera las calles y se disolviera en el aire.

A las dos semanas, apareció de nuevo con su gabardina tres cuartos. Lord Dim no hizo ademán alguno y lo vio sin apenas mirarlo. Eso sí, con el rabillo del ojo consultó su reloj. El hombrecillo se había retrasado un par de minutos.

EL HOMBRE QUE NO QUERÍA NACER

—¿Sabían ustedes que durante la llamada guerra fría casi mil niños británicos se retrasaron dos meses en salir del vientre materno? —dijo lord Cheddington—. ¡Cómo extrañarse de que no quisieran comparecer ante un mundo tan poco acogedor! La cosa fue a mayores y pronto empezaron a nacer criaturas con un retraso de más de medio año. Un caso singularísimo fue el de una *starlette* británica de la que se decía que había tenido amores con un torero español. Pues bien, el fruto de esa relación no acababa de nacer y durante mucho tiempo, años, la chica solo pudo interpretar papeles de embarazada. Los ingleses simpatizaban con la idea de que la criatura se resistiese a venir al mundo como hija de un torero. Pero ¡treinta años embarazada era demasiado para cualquiera! A consecuencia del parto, la madre murió, a pesar de que la criatura, un varón ya madurito, era, desde luego, de tamaño bastante reducido. El niño, el muchacho o el hombre, que no sé cómo llamarlo, sabía andar aunque, no leer ni escribir. Con la madre muerta y el padre llamándose andana, la opinión pública inglesa se oponía a que fuera una carga para el contribuyente. Afortunadamente las televisiones españolas vinieron al rescate y contrataron al muchacho como uno de los invitados importantes de las tertulias de cada tarde. Más que las peculiaridades de su gestación, les interesaba su condición de hijo de una artista y de un torero. Ya no tuvo problemas económicos y pudo vivir con holgura.

EL HISPANISTA ESPAÑOLADO

—Hace poco hubo un interesante debate a dos voces en la Royal Academy —dijo lord Leatherslade—. Uno de los participantes, el conocido especialista en la Historia de España, el profesor Percival McGrotty, invitó a su viejo maestro de tiempos escolares al acto. El escenario era solemne y suntuoso; el asunto a debatir, El Caudillo; el título del debate: Franco genocida o Franco salvador de España. Los intervinientes, dos historiadores de prestigio. El mencionado McGrotty, inglés, y José Antonio Bermejo, español. Acabado el acto, el anciano maestro abandonó la sala a toda prisa. Percival McGrotty salió tras él y lo alcanzó.

—Cómo se va así, quédese un poco con nosotros —le dijo.

—Ya no recuerda usted las enseñanzas de la escuela —le reprochó el anciano—. Las ideas requieren de una dialéctica de oposición para que resplandezcan. Recuerde cuando en nuestras clases hablábamos del color blanco y unos tenían que defender sus virtudes y otros denigrarlas. Un color, y más el blanco, no dice nada, como no sea la sola y muy tópica idea de la pureza. Sin embargo ustedes, unos niños, se esforzaban hasta el límite, ejercitando así la imaginación y la palabra. En su debate de hoy, ninguno de ustedes se ha planteado, siquiera teóricamente, que Franco pudiera haber sido el Salvador de España. Y Dios me libre a mí de creer tal cosa de semejante tirano. Pero, al no considerarlo ni siquiera como mero ejercicio dialéctico, usted simplemente ha dado la espalda a las enseñanzas inglesas que recibió de niño y tampoco ha respetado el título con el que se nos ha convocado. Cuando usted decía que Franco había sido malo, su oponente, míster Bermejo, le replicaba que había sido peor. Su supuesto debate me ha parecido una charla entre españoles ofuscados. Método, amigo, método. En el fondo usted se ha hecho ya español. Hoy usted me ha decepcionado.

HUMILDAD

Dijo el embajador:

–Conviven en España dos escritores muy celebrados. Uno es tan modesto que finge ser soberbio para no dar lecciones de humildad.

El otro, por el contrario, es tan soberbio que no deja de dar lecciones de humildad. Lo llaman el inglés, y no me pregunten por qué.

PERFIDIA

—La Pérfida Albión, ¿no es cierto embajador? —dijo lord Winson Green con resignada ironía—. Supongo que usted sabe quién acuñó el término. No fueron los españoles, sino los franceses ¿quiénes si no? Un sambenito exitoso que no hemos logrado quitarnos de encima. Pero fueron ellos, los franceses, los pérfidos. Basta mirar un mapa para comprender que Inglaterra y España se necesitan mutuamente frente a los poderes centrales del continente. Ambas son excéntricas a Europa, isla una, península otra, pero cerrado su paso terrestre por la gran muralla de los Pirineos. Nuestros dos países asumieron felices esa alianza natural; duró siglos y fue muy firme. ¿Cómo romperla? He ahí la misión de Francia, a la que se dedicó con tenacidad y astucia. Fijémonos en el momento de ruptura: ese primer tercio del siglo xvi. Ocupa el trono de Inglaterra un inteligente joven inglés, casado con una española, la reina consorte que el pueblo ama como nunca ha amado a otra. Es preciso enturbiar los amores de Enrique, el inglés impulsivo, y Catalina, la española sosegada. ¿Cómo hacerlo? El prestigio de la cocina francesa es determinante. Había en la corte de Saint James, cómo no, un cocinero francés que manejado por París alimentó al rey con muy succulentos platos que contenían un exceso de mosca española, ya sabe, ese coleóptero verdoso del tamaño de una uña, la *Lytta vesicatoria* de Linneo, que, una vez muerto se deja secar y luego se muele hasta convertirlo en polvo. Su poder afrodisíaco es de sobra conocido. Enrique, ya de por sí impetuoso, dobló y triplicó su potencia amoratoria. Catalina se mostró incapaz de seguir el ritmo de su esposo. El rey quiso entonces el divorcio y emparejarse con una mujer más joven. El Papa se negó. Lo que siguió, ya se sabe. Enrique apartó a su reino de la obediencia papal, de modo que el designio maquiavélico del francés resultó mucho más eficaz de lo imaginado. Herejía, dijo la católica España y las dos naciones hasta entonces aliadas y amigas, se separaron, esta vez con permiso del Papa, y lo hicieron para siempre, cambiando el destino de Europa y del mundo.

EL HONOR DE PACO

—No llevo mucho tiempo en mi puesto —dijo el embajador—, pero sí el suficiente para advertir que los ingleses, a pesar de que nos visitan cada año en número que alcanza varios millones de personas, conservan una imagen estereotipada de los españoles. O nos ven como mejicanos durmiendo por las esquinas, según imagen de ciertas películas americanas, o como hombres ridículamente calderonianos capaces de matar por el honor. Esto último se puso de manifiesto con el asesinato de acaso el entrevistador más celebre de la BBC. Había concertado una entrevista telefónica con el actor cómico, Mitchel Tilman, muy popular por su interpretación durante años de un limpiabotas español, Paco, hasta el punto de que toda Gran Bretaña lo conocía ya por ese nombre. En la hora convenida, Tilman, o sea Paco, no contestó al teléfono y la estrella de la BBC no pudo realizar la entrevista. Herido en su orgullo, dejó un absurdo mensaje en el contestador, tan poco decoroso como poco inglés, debo decir. Quizá pretendía ser humorístico, pero nadie lo entendió así y menos el propio Tilman. En el mensaje la estrella de la BBC le decía «Paco, jodido cornudo, mi ayudante y yo nos hemos follado a tu hija y a tu nieta tantas veces como nos ha dado la gana». Y eso fue lo que salió a las ondas. Muchos oyentes protestaron y la dirección de la emisora suspendió temporalmente el programa. La televisión entrevistó entonces a Tilman, a su hija, divorciada, y a su nieta, una *punky* célebre en ambientes marginales; ninguno de ellos se mostró especialmente molesto. Sin embargo, unos días después, el periodista estrella de la BBC y su ayudante aparecieron acuchillados, dieciocho heridas presentaba uno, veintinueve el otro. Las pruebas contra Tilman eran abrumadoras. Fue acusado de asesinato con los agravantes de nocturnidad, alevosía y ensañamiento. Un jurado popular hizo suyos los argumentos de la defensa y fue declarado inocente. Tantos años fingiendo ser Paco, el limpiabotas español, que este se encarnó en Tilman y no tuvo más remedio que lavar su honor acabando con la vida de los dos periodistas.

DE NADA BUENO TE SERVIRÁ

—No hay viento que sople a gusto de todos —dijo lord Belmarsh—, pero al menos el bueno de Paco quedó exonerado de su culpa. Han ocurrido cosas mucho peores entre nosotros y que van en sentido contrario. Como la historia de ese chico paquistaní que se vino a vivir a Londres, Mohamed Sami. Al cumplir veinte años se descubrió una extraña cualidad que le comunicó a su madre quien, a vuelta de correo, le advirtió: «Olvídate de ello que de nada bueno te servirá». Sami pretendía saber el tiempo de vida exacto que le restaba a cualquier persona a la que viera por primera vez. El 7 de julio de 2005, día del gran atentado terrorista en Londres, entró en el metro y, en contra de lo ocurrido otras veces, supo de inmediato que todos los viajeros que le acompañaban iban a morir en dos minutos. Se puso muy nervioso y pudo salir del vagón a toda prisa un instante antes de que se cerraran las puertas. Poco después, con el tren ya dentro del túnel, ocurrió la explosión. Al reconstruir el atentado, la policía le acusó de haber colocado la bomba que acabó con la vida de todos los pasajeros. Sigue en la cárcel.

UNA HISTORIA INGLESA

—Hay que reconocer que los homicidios cometidos por ingleses poco tienen que ver con la historia del ficticio limpiabotas español —dijo lord Leighton Buzzard—. Suele haber en ellos un punto de complejidad que obsesiona a la policía y distrae morbosamente al público. Como en el caso de aquel profesor de Cambridge que coleccionaba cuchillos. Fueron unos años duros, de gran alarma social, en los que morían chicos jóvenes de madrugada en aparentes peleas de borrachos. Las autoridades intentaron atajarlo de diversas maneras, siempre en vano. Las muertes siguieron y lo más curioso es que el arma homicida desaparecía poco después, a veces en el mismo juzgado. Un policía intuitivo siguió la pista de un profesor, una personalidad extravagante, que gustaba de merodear por los lugares conflictivos. No pudieron acusarle de ninguna muerte, sí de haber robado los cuchillos. Los coleccionaba para su propio disfrute. Con ellos en su regazo contemplaba las fotos de las víctimas publicadas en los periódicos y sentía una mezcla de asco, crueldad y ternura que le daba placer. No se pudo demostrar que fuera el responsable de una sola de las muertes, pero, tras ser detenido por el delito de robar pruebas de cargo, los asesinatos cesaron.

LA RESERVA DE LOS INGLESES

—Los ingleses nunca miramos a los desconocidos a los ojos y menos en un tren. Dicen que somos muy reservados y es verdad —reconoció lord Stormontgate—, pero solo por lo que concierne al corazón. Nuestra sonrisa es un simple saludo gestual que no implica sentimientos. Mostrar nuestro cariño nos parece poco elegante, incluso impúdico, y nada digamos del amor. Recuerdo ahora la historia de aquel muchacho, Bill Wriothsley, un apellido bien ilustre, que utilizaba a diario el tren desde G. en Surrey a su trabajo en la *City*. Un día coincidió en su asiento frente una chica de la que sin más se enamoró. Al cabo de los días, comprobó que se subía en W. y que procuraba tomar siempre el mismo vagón, al final del tren. Allí la esperaba, a cubierto tras un periódico desplegado. Solo al pasar página podía apenas atisbarla, pero tan de refilón que era como un sueño, como esa imagen idealizada que crea el pensamiento tembloroso del enamorado, y si sus ojos se encontraban una milésima de segundo reprimía un *sorry*, lo siento. Para atreverse a hablarle precisaba de una soledad que el vagón no propiciaba. Y no imaginaba otro lugar mejor que aquel en el que había sentido con tanta intensidad la herida de Cupido.

Un día se fijó en un joven muy rubio, con el que coincidió de vuelta, el mismo que había hablado unas palabras con ella, y que solía viajar de ida en aquel último vagón. El tipo se apeó en H., lo siguió y acabó con él de un solo disparo de pistola. No en vano era secretario del club de tiro de su localidad. Hizo lo mismo con varios más y se desesperó al constatar que, por muchos que eliminara, en el vagón siempre había un mismo número de viajeros. Su amor iba a ser imposible.

LAS GAFAS DE LA VIDA

—Nuestro Imperio ha tenido contacto muy estrecho con el Oriente y qué misterioso nos resulta todavía —dijo lord Belmarsh—. Hemos incorporado buena parte de su cocina pero seguimos sin conocer su idiosincrasia. Un inglés, empleado de una agencia inmobiliaria, que pasaba unos días en Damasco compró en una tienda llamada Bazar de Aladyn unas gafas porque había extraviado las suyas. Ya de regreso a Londres observó un curioso fenómeno. A través de sus cristales, veía las apetencias y deseos de los demás como si fueran la realidad. Pronto, pasada la sorpresa inicial, la calle empezó a resultarle hostil y el metro, una verdadera tortura. Por todas partes contemplaba orgías, violaciones, tocamientos, robos, también asesinatos, pero sobre todo coitos, muchos coitos. Jamás vio, sin embargo, la puesta en escena —así había que llamarlo—, de sus propios deseos. Ni siquiera mirándose al espejo. Esas gafas que todo lo sabían de los demás, nada le decían de sí mismo. Tampoco los familiares y compañeros que las habían probado vieron nada especial a través de ellas. Abatido, acudió a un psiquiatra; le contó su caso y notó como aquel hombre reprimía una sonrisa. Le dejó las gafas al psiquiatra. Se las puso y lo miró, le bastó una simple ojeada para llenarse de angustia. Ahora los dos están en tratamiento.



DOBLE DOS

—No hay sin embargo un caso más raro que el de uno de nuestros más efímeros primeros ministros. Y esto no es una historia de lord Dim, por más que lo parezca —dijo lord Winson Green—. Ya saben, el pobre Alfred Hill, que apenas duró seis meses en Downing Street. Su guardaespaldas, el guardaespaldas del Primer Ministro era un escritor más bien frustrado que divagaba a diario con la fantasía de matarlo y así conseguir la fama que necesitaba para vender libros. Como le daba tantas vueltas a la idea, pensó luego que lo mejor sería que el Primer Ministro lo matara a él. Eso sí que sería una gran noticia. Pero para recoger sus frutos tenía que sobrevivir, aunque fuera con nombre supuesto. El Primer Ministro tenía un sosias; él también. El del Primer Ministro era un poco atolondrado; el suyo, en cambio, tenía mucho *charme* y además hablaba francés como la señora del Primer Ministro. No me pregunten cómo, pero se las ingenió para organizar un *affaire* entre ellos. Si el Primer Ministro, al sorprenderlos en flagrante adulterio en Downing Street, lo mataba en un arrebato a la española o si ya en frío mandaba asesinarlo, sería al sosias al que mataran. El Primer Ministro no se inmutó sin embargo. Él y su señora llevaban un tiempo buscando alicientes sexuales para reavivar su relación. Así que cuando vio en la cama matrimonial a su esposa desnuda cabalgando sobre quien creía el guardaespaldas, se despojó de sus ropas y se unió a ellos. Ni el Primer Ministro ni su esposa sabían que aquel no era el verdadero guardaespaldas. ¡Al fin te tenemos en nuestra cama! —le dijeron con alborozo. Ni que decir tiene que el muñidor del curioso enredo siguió siendo un escritor frustrado.

CINCO, NÚMERO MÁGICO

—Este de quien les hablo ahora era otro inglés, inhibido y tímido, un verdadero TTI —dijo lord Stormontgate—. Volaba de Londres a Nápoles en avión, no era un viaje de vacaciones sino de trabajo. Había entrado en la cabina de los primeros y se había sentado en la fila cinco, al lado del pasillo. Se distraía mirando entrar a los pasajeros, con especial atención a las mujeres. «A esta me la llevo a la cama, a esta, no», se decía para sí, según le gustaran más o menos.

Era un hombre fantasioso, si me permiten decirlo así, porque dudo que se hubiera atrevido a hacer una proposición semejante a cualquiera de ellas. «A esta sí, a esta no», seguía diciéndose. Y abundaban las que no le gustaban, pues ya con las puertas cerradas, solo había dado su aprobación a cinco, cinco que serían del agrado general, más bien jóvenes, de rasgos regulares y muy guapas.

Solo la azafata le suscitó alguna duda cuando empezó a explicar las normas de seguridad en el vuelo. Era ya talludita, pero tenía una melena rubia, reforzada por el tinte, y unos ojos azules muy intensos. Lo que más le atrajo, sin embargo, fueron unas arruguitas detrás de la boca, bajo las mejillas; eso le hizo decidirse: «a esta también me la llevo a la cama», se dijo.

Llegaron a destino sin que ocurriera nada reseñable. Pasó la aduana con su equipaje de mano. Apático y como aburrido, salió al gran vestíbulo del aeropuerto. Entre la gente vio a la azafata de las arruguitas. Lo sorprendente es que lo estaba mirando, que le sonreía y que se acercaba. Su corazón se aceleró. Pero lo que vio a continuación le hizo cerrar los ojos y sacudirse la cabeza como para librarse de una aparición. Detrás de la azafata venían otras cinco mujeres. También le sonreían. Eran las cinco que él se hubiera llevado a la cama. Parecían haberse puesto de acuerdo para esperarle. Volvió a cerrar los ojos y volvió a sacudirse la cabeza.

HOMICIDIO EN HEATHROW

—¡Cuánto misterio emana de los aeropuertos! Yo les cuento otro caso —dijo lord Leighton Buzzard—. Este era también un hombre de empresa, un ejecutivo importante. Tenía un vuelo que no podía perder, como suele ocurrir con los ejecutivos, y buscaba desesperadamente un taxi en la zona de Knightsbridge. Iba a firmar un contrato en Qatar, vital para su futuro. Pero algo pasaba esa mañana con el tráfico. Por fin alcanzó a ver un coche libre y le hizo una señal muy llamativa. Había dejado el maletín en el suelo y agitaba los brazos por encima de su cabeza. Ya lo sé, demasiado nervioso para ser inglés. Una dama, joven todavía, en quien no había reparado, se le adelantó con descaro y se subió al taxi. Oyó que iba también a Heathrow. Le propuso que compartieran el coche, pero ella contestó con un mohín de desagrado. Decidió volver a su casa en Montpelier Walk y tomar su propio coche. Salió hacia Heathrow a toda la pobre velocidad que le permitió el tráfico y estacionó con tan mala suerte que produjo desperfectos en un coche vecino y tuvo que demorarse dejando sus datos en el parabrisas. Muy nervioso, se precipitó hacia la sala de embarque: el vuelo ya estaba cerrado. Con la sensación de haber sido asaltado, se acercó a la barra de la cafetería y pidió un whisky doble. Se lo bebió de un trago y pidió otro. No dejaba de pensar en el contrato perdido. Entonces vio a la mujer que le había quitado el taxi. Estaba sentada a una mesa tomándose muy plácidamente un té. Se acercó y le recriminó su conducta; ella se levantó muy airada «¡está usted bebido! —le acusó— ¿cómo se atreve a hablarme así?». Notó que ni siquiera lo había reconocido y se ofuscó. Agitó el brazo en actitud de rechazo como si quisiera apartar de sí el sonido de aquellas palabras, pero lo hizo con tal fuerza que la mujer se cayó hacia atrás y se desnucó. Salió a la calle entre gritos, los suyos, y los de la gente alrededor. Corrió sin saber a dónde y un autobús de los que unía las terminales lo atropelló. Tras una semana en coma, murió. Nadie logró convencer al marido de ella ni a la esposa de él de que no había habido entre ellos una turbulenta relación amorosa.

REFLEJOS

—En el metro también ocurren cosas muy curiosas —dijo lord Winson Green—. Había una vez una chica llamada Alice a la que gustaba verse reflejada en los ventanales. Solía hacer todo el trayecto sin apartar la vista de su propia imagen. Sentía fascinación por sí misma, más en aquel medio, pues su belleza contrastaba con la vulgaridad de quienes la rodeaban. Tenía la cara angulosa, los ojos azul cobalto y la melena negra. Además era alta y bien formada, con los pómulos marcados y los labios carnosos. Un día, en que se miraba como siempre muy complacida de sí misma, reparó que en el vagón atestado de viajeros, la única imagen que los ventanales reflejaban era la suya. Al principio lo atribuyó a un cambio de posición de los cristales o a cualquier otra causa, como ocurre a veces en los escaparates curvos o esquineros. Pero no era eso. Su vecino de la izquierda, un hombre negro de pelo blanco, no aparecía en el ventanal, ni la joven asiática de su derecha, pero tampoco los pasajeros que se sentaban a continuación de uno y de otra. Solo ella, como si fuera la pasajera única desdoblada muchas veces. Miró inquieta a sus vecinos, comiendo algunos, leyendo otros, absortos en sí mismos los de más allá. Sus imágenes no se reflejaban. Solo aparecía ella; solo su imagen multiplicada aquí y allá. Así un día y otro día. Temió estar afectada por algún tipo de trastorno, aunque no podía evitar disfrutar de su propia contemplación. Pero la persistencia del fenómeno la alarmó seriamente y empezó a entrar en los vagones con aprensión.

Un día dejó de verse, aunque tampoco vio a los demás viajeros; solo vio a uno, un muchacho alto, que la atrajo enormemente, de pelo castaño, que no parecía del todo inglés y que tenía los ojos del mismo color azul cobalto que ella. Nunca hasta entonces habían coincidido. Pero ya no volvió a subirse al vagón sin esperarlo. Lo veía a él, solo a él, reflejado en los ventanales. Tras el alivio inicial, pronto volvió a preocuparse y, lo que es peor, a sufrir. Solo lo veía a él. Lo veía una y otra vez. Lo veía incluso cuando no estaba en el vagón. Lo veía siempre. Empezó a dormir mal. Temía acercársele, pero lo hizo. Logró intimar con él; se acostaron; lo hicieron más de una vez. Al poco tiempo fue capaz de volver a verse a sí misma. Y también, a los demás viajeros.



HEMBRISMO

—No me pregunten por qué —dijo lord Stormontgate—, pero he recordado el caso de una joven periodista a la que su periódico encargó una entrevista de las denominadas «a fondo» con el famoso actor americano Oliver Grant, el hombre más sexy de Hollywood según la prensa del corazón, que rodaba una película en Londres. La cita sería en la *suite* de la estrella en el Four Seasons. Antes de salir de casa, la periodista se demoró desnuda ante el espejo, se miró de frente, de perfil, por un lado, por otro, y, como era optimista por naturaleza, a pesar de que veía su pecho algo escueto y su culo un poquito respingón, se sintió feliz de su cuerpo. Eligió la ropa interior con mimo, se probó más de una prenda, se la quitó, se la volvió a poner; finalmente decidió llevar unas braguitas Calvin Klein, no negras, ni azules, ni rojas, sino blancas, a través de cuya blancura se sombreaba el pubis, y un sostén del mismo color, sedoso y muy sensible al tacto, con una cenefa muy sutil de puntillitas que le daba un toque modoso pues rechazaba aparentar desenvoltura. Eligió luego una blusa negra y una falda azul celeste con vuelo que le permitía mover con libertad las piernas y mostrarlas al sentarse cuando la recogiera un poco. En la entrevista, pretendió ser muy seria y muy profesional, muy concentrada en su trabajo, aunque su mirada la traicionaba. Oliver Grant mantuvo todo el tiempo una sonrisa medio irónica y algo condescendiente. Llegado el momento de la despedida, hicieron el amago cortés de un beso en las mejillas, que se convirtió de súbito en un fogoso encuentro de sus bocas; de ahí pasaron a desnudarse y a hacer el amor con furia y con prisa.

Más tarde, nuestra periodista le comentó orgullosa a un buen amigo. «El muy fatuo creyó que él me había ligado a mí, y fui yo quien me lo tiré cuando y como quise. ¡Tampoco era gran cosa!».

CABINAS GEMELAS

—Lo que les voy a contar a continuación ya no puede ocurrir ahora —dijo lord Leatherslade—, pero hace muy pocos años, antes de que existieran los móviles, para llamar por teléfono desde la calle era preciso entrar en una cabina. No me digan que no es una lástima cómo van desapareciendo esas cabinas rojas de nuestras calles, toda una amputación, como si nos quitaran las chimeneas de nuestros salones. Había cabinas solitarias, pero también las había de dos en dos y de cuatro en cuatro. Esta es otra historia, una más, de esos dos típicos tímidos ingleses TTIS, ella y él. Se han visto en una ocasión y se han gustado, de modo que han quedado para verse de nuevo. Ambos creen haber encontrado en el otro a su media naranja. Cada uno llega puntual a la cita, pero el otro no está. Su cita es en una confluencia de dos calles, pero una de las calles es un *crescent* que corta por dos veces a la otra. Cada uno de ellos elige una esquina y no se ven. Ella, tras media hora de espera, acude a una cabina de las cuatro que hay agrupadas en medio de la calle. Se siente humillada y quiere decirle que no puede ir. El teléfono de él no contesta. Entonces llama a una amiga que tampoco contesta. Necesita hablar con alguien y llama a otra amiga de menos confianza pero a la que cuenta su historia. Esta le aconseja que llame a su casa, que acaso él haya dejado un aviso. Así lo hace, aunque tiene que insistir pues su teléfono comunica. Al fin logra hablar con su madre quien le confirma que acaba de tener una conversación con el muchacho. Es él en efecto quien acaba de llamar y lo ha hecho, tras treinta y cinco minutos de espera, desde la cabina que da la espalda a la que ella está utilizando. Humillado también, ha preferido decir que no había podido acudir a la cita. Luego, ambos, con conciencia de profundo fracaso, casi de burla, salen sin verse cada uno por su lado y nunca jamás volverán a encontrarse.

LA BOCA

—No tengo ningún reparo en contarles algo que me pasó a mí mismo —dijo lord Cheddington—. Fue en un *cocktail* de embajada, ya no recuerdo en qué embajada, quizá en la francesa. Me entretuve hablando con una joven diplomática, guapa, con unos ojos verdes y grandes y un cuerpo precioso, aunque no muy alta. La había visto en ocasiones anteriores y habíamos hablado algo. En esta ocasión hablamos más.

—Soy vegetariana —me dijo categórica, tras hacer un mohín de rechazo ante una bandeja de pinchos morunos que sostenía un camarero.

—¿No tomas ni pescado? —le pregunté.

—Solo carne humana —me replicó.

Enarqué las cejas.

—Carne de hombre —añadió—. Es lo que más me gusta. Me como al menos uno al día.

Vi enseguida que no era un chiste sino un tropo. Quería decirme que se acostaba con uno o más hombres cada día. Y me explicó la razón: recién divorciada de un marido tan controlador como aburrido quería resarcirse. Escruté con mucho interés sus ojos. Vi en ellos una coquetería inequívoca. Pensé algo. Era grande la tentación. Lo pensé un instante que me pareció eterno. Ella me sonreía. Tuve entonces el vislumbre, tras los labios hermosos, de unos dientes menudos pero muy afilados que podían amputarme un dedo de un solo mordisco. Me estremecí solo de pensar en lo que podría perder si intimaba con ella y me alejé con delicadeza, pero con prisa. He de confesar, sin embargo, que me ayudó mucho oírle decir que excluía de sus encuentros caníbales a los hombres casados.

VIAGRA XXL DOS

—Le he dado muchas vueltas a esa historia de los cerdos que explodian que nos ha contado lord Leighton Buzzard —dijo lord Leathersdale—. Si no he entendido mal, su engorde desmesurado sería una elección genética de la especie para escapar del destino terrible al que les ha condenado el hombre. La especie decide así su propia extinción. La única a su alcance, porque el hombre le impediría cualquier otra. ¿Y no ha podido suceder algo parecido con los dinosaurios? Fíjense en estos gorriónillos que de cuando en cuando vienen a tomar migajas de nuestra mesa. ¿No son acaso dinosaurios venidos a menos? He leído que todas las aves descienden de los dinosaurios. Es el fenómeno inverso: Unos se hacen más grandes, y otros más pequeños. Y a los más pequeños se les deja en paz; no son rentables quiero decir. Pero, si eso fuera cierto, yo me pregunto: ¿qué ha pasado con aquel dientecito de poder erotizante de que hablaba lord Winson Green? Los pájaros carecen de dientes, pero acaso, si moliéramos sus picos, hallaríamos esa sustancia tan interesante, esa Viagra xxl, tan necesaria para nuestra felicidad y tan demandada por el mercado. ¿No lo creen ustedes así, señores?

—¡Nooo! —replicaron los lores—. Repare en donde estamos, señor.

—Es solo una hipótesis —se justificó lord Leathersdale.

EL PASTOR DE ALMAS

—El ser humano es insaciable —dijo lord Cheddington—. ¿Recuerdan la desaparición de aquellas siete mujeres en el área de Guildford, en Surrey? La primera en desaparecer fue una maestra de la localidad, autora de cuentos infantiles. La segunda, una chica del coro de la catedral, su voz más armoniosa. Todas eran adorables, guapas, alegres, espíritus refinados y sensibles. En dos o tres años, fueron asesinadas una detrás de otra; sus cadáveres aparecieron en los lugares más dispares: un arroyo, un silo, una fábrica abandonada... Habían muerto de un golpe en la cabeza, un golpe certero y único, dado de arriba abajo con un objeto de metal. Ninguna había sido asaltada sexualmente, ni siquiera sus ropas habían sido removidas, al contrario, se apreciaba incluso algo de recato en la forma en la que el asesino había dejado sus vestidos al abandonarlas. El superintendente Gull de Scotland Yard empezó a sospechar del pastor de la localidad, el reverendo Crook, un hombre muy querido, gran conversador, de una gran facundia en realidad, obsesionado por la buena cocina, afición que había adquirido en Francia. El superintendente reconoció luego lo muy útil que le había sido en la investigación su experiencia infantil en Gales en casa de un tío materno que regentaba la hacienda del gran señor del condado. Los días en que el conde venía acompañado de numerosas visitas se sacrificaban los mejores corderos, entre ellos los favoritos del niño, aquellos con los que jugaba y a los que amaba. A todos vio morir durante los veranos que pasó allí. Y no era raro que fuera el propio conde o alguno de sus acompañantes quienes los eligieran. Así, pasaban de la vida a la muerte, mientras el niño lloraba en su cuarto. ¿Y qué tiene que ver esto con los asesinatos del reverendo? El superintendente vislumbró una luz difusa que no era capaz de identificar, pero que relacionaba con su experiencia de Gales. Y semana tras semana hacía hablar al reverendo mientras tomaban el té. El reverendo era un hombre de convicciones tan grandes como montañas; solo había que esperar al pie de ellas para recoger sus palabras en alud. Hablaban de cocina, de *delicatessen*, de las glándulas gustativas, de las glorias del paladar. Y no fue una confesión arrancada, sino una confidencia, el secreto que se entrega con delectación a un correligionario. El reverendo creía que el ser humano se mostraba incapaz de satisfacer a su Creador porque no lo entendía. «Dios, de quien estamos hechos a imagen y semejanza, como Supremo Ente Espiritual, ha de alimentarse de espíritus —razonaba— lo mismo que nosotros nos alimentamos de carne. Pero qué espíritus son esos, si mujeres tan delicadas y sublimes como aquellas jóvenes solo pueden llegarle, salvo accidente, ya ajadas por los años o estropeadas por la enfermedad. Mejor ofrecérselas ahora en la flor de su vida, con sus espíritus tan firmes y bellos como sus cuerpos».

Y así las fue matando a todas, una a una, por amor a Dios. Ni que decir tiene que el nombre del reverendo Crook no era otro que Abraham.

LA IDEA

—Un buen tema para debate —dijo lord Belmarsh—. ¿Puede el móvil idealista de un crimen atenuar la sanción penal o, en su caso, eximirnos de ella? Hablo, por ejemplo, de los asesinatos cometidos por terroristas cuya motivación es patriótica o religiosa.

—Interesante, Ronnie —reconoció lord Winson Green—. ¿Recuerdan los atracos de Birmingham de hace un par de años? El mismo día en la misma calle a la misma hora coincidieron dos atracos en sendos bancos, uno enfrente del otro. Hubo resultado de muerte en ambos casos. Un guarda de seguridad, en el primero; una niña en el segundo. Los responsables fueron detenidos y a los pocos meses juzgados. El haber matado a la niña no provocaba en su asesino, un terrorista, mayor remordimiento, redimido a sí mismo por su entrega a la Idea. Mientras que el otro apenas lograba descargar de su conciencia la muerte del guarda, más cuando supo que dejaba hijos pequeños. Ambos recibieron la misma pena de cárcel. Pero el asesino de la niña, fue liberado a los pocos años; a su favor estaba no haber tenido intención de robar para sí, sino al servicio de la Idea; mientras que el otro solo buscaba apropiarse del dinero. El recurso del fiscal contra tal disposición le costó bastante incompreensión, muchas críticas entre sus colegas y finalmente la salida del cuerpo. Su argumento fue que, sin negar que el servicio a la Idea era propio de idealistas, siempre serían más previsibles y más de fiar los no idealistas, o sea los materialistas, los que simplemente querían el dinero para ellos mismos. Y también serían de mucha más fácil reinserción en la sociedad. La Idea —concluía—, cualquiera que esta sea, es uno de los virus más resistentes que existen, si no el más; y cuando se ha alojado en la mente es casi imposible extirparlo o desalojarlo.

MAESTROS DE LA RETIRADA

—Debe saber, embajador —dijo lord Leatherslade—, que su cualidad de fumador de puros también ha contado como un mérito para entrar en esta *Oxymoron Room*.

Los demás lores asintieron con un murmullo.

—Estas paredes de cristal representan el aire puro de nuestras colinas que nosotros contradecimos echando humo por nuestras bocas —siguió diciendo—. Sabemos que usted es un gran fumador de puros, como lo fue el gran Winston Churchill ¿Sabe que fue en Cuba, durante la insurrección contra España, donde se aficionó a los vegueros y a la siesta? Estuvo allí de algo más que de corresponsal de guerra. ¿Sabe lo que dijo al regresar?

El embajador negó con un gesto.

—Dijo: «No hago reflexión alguna sobre el valor de los españoles, aunque sí, que están bien versados en el arte de la retirada».

Una leve sonrisa recorrió las caras de los lores. Solo Antonio, el camarero español que les atendía, se mantuvo serio, con sus ojos clavados en los del embajador.

¡ESPIAS!

—Durante las guerras napoleónicas —dijo el embajador— el Marqués de la Romana retiró de Dinamarca un ejército español encuadrado en las fuerzas de ocupación francesas y lo devolvió a España. Fue una acción de las más brillantes de toda la guerra, que contó con la ayuda inestimable de los maestros de la retirada. ¿Saben a quiénes me refiero? A ustedes, los ingleses. ¿Qué hizo el infortunado general Moore, durante lo que ustedes llaman Guerra Peninsular? ¿Qué, Wellington, sino retirarse a Portugal, al arrimo de su flota como un seguro de huida, hasta que consideró que su fuerza era superior a la del francés? ¿Y qué fue la retirada de Dunkerke, sino otra acción de las más sobresalientes de la II Guerra Mundial? Incluso la batalla de Inglaterra, esa página heroica de sus jóvenes aviadores, no invalida cuanto digo. Sus pilotos pudieron ofrecer pelea en los cielos porque contaban con superioridad sobre los pilotos alemanes. No en el número de aviones, pero sí en la maniobrabilidad y velocidad de los Spitfire, superiores a los Messersmidht, y, sobre todo, en la información, ustedes siempre han sido maestros en la información. El radar les permitía saber el número y la dirección de los aviones alemanes, así que podían esperarles con ventaja. Y con ventaja han combatido la mayoría de las veces. Según tengo entendido, en la batalla de Trafalgar ustedes sabían el código de señales de la flota franco española. Y lo mismo ocurrió con el código Enigma de los alemanes que ustedes lograron desentrañar. Gracias a la información así obtenida por ustedes pudieron los rusos derrotar a los alemanes en la batalla de Kursk. Un torero español muy famoso, Juan Belmonte, que era torero pero no era tonto, dijo algo sorprendente: «Mientras no se demuestre lo contrario, todo inglés es un espía».

BANDERAS

—La guerra no es buena para nadie —convino lord Cheddington sin mover un músculo; y, tras una pausa, añadió—, pero, si se hace, es conveniente saber hacerla. Y nunca improvisar. Cualquier banda de ladrones que se precie intenta planificar sus golpes con detenimiento. No se debe ir a la guerra empujados por un arrebato, como ocurrió recientemente entre dos países que no eran, si se me permite recordarlo, de estirpe anglosajona. Más bien creo que eran de los denominados hispanos o latinos. Sus economías habían conseguido por primera vez en su historia un buen ritmo de crecimiento y enseguida empezaron a enviar turistas por el mundo. No tenían mucha experiencia y sentían una mezcla de orgullo y extrañeza cuando el guía de un museo levantaba la bandera de su país para mantenerlos agrupados. Era una hora muy concurrida y había demasiados turistas. Una bandera aquí otra bandera allá. Cualquiera sabe lo que pasó. El hecho es que surgió un conflicto entre dos de estos grupos, cada uno bajo su bandera. Un tropiezo, una frase desafortunada, alguien que se siente ofendido y replica con aspereza. Hay una fuerte discusión, una bandera rota, otra quemada, luego puñetazos y patadas; finalmente una declaración de guerra entre los dos países, ya le digo dos países hispanos o latinos, según usted guste más.

EL ARMA SECRETA

El embajador dijo:

—El corazón tiene razones que la razón no comprende. Pero, una vez más, debo confesar que me admiran muchas cosas de ustedes. Han manifestado, por ejemplo, su intención de reivindicar a la yegua Silvia que mató al jinete inglés que la montaba. ¿No les parece que sería como premiar al soldado que se vuelve contra su superior? Y me resulta tanto más chocante en ustedes que practican en sus ejércitos la más férrea disciplina, único modo de incorporar a ellos tantos elementos extraños. Por ejemplo, los célebres *gurkhas*, que se pusieron tan de actualidad durante la campaña de las Malvinas. O aquella raza de humanos diminutos, que tanto contribuyó a la victoria de sus ejércitos contra Napoleón, su verdadera arma secreta durante las guerras imperiales. Una raza oscura de menos de un palmo de estatura, desconocida para el mundo, que vivía en los volcanes apagados y que ustedes lograron poner a su servicio. En cada *bearskin* de sus granaderos camuflaron a dos de aquellos diminutos seres con un cañón de su mismo tamaño. ¿Quién podía esperarse que de aquellos ampulosos sombreros de piel de oso pudiera salir fuego en andanadas? Hoy la raza se ha extinguido sin que el resto de la humanidad haya tenido siquiera ocasión de conocerla. Un prisionero francés en el castillo de Edimburgo durante las guerras napoleónicas nos dejó el relato de su encuentro con ellos. En principio los tomó por ratones; más tarde, él mismo consideró que había sufrido una alucinación. Afirmó que estaban encerrados en una sección especial, familias enteras, calculó su número en más de cuarenta mil individuos, hombres, mujeres y niños, contrarios al dominio británico, que morían de frío a centenares y que por la noche cantaban canciones de esclavos.

EL TEST PREBÉLICO

—Más bien parece alucinación, señor embajador. Aquí nada hemos oído de esos liliputienses de los volcanes. Pero hay que admitir que como invención resulta muy imaginativa —manifestó lord Leighton Buzzard, que añadió—: Y ya que habla usted de la guerra de las Malvinas, no sé si conoce la investigación que realizó la República Argentina antes de lanzarse a la invasión. El dictador Galtieri envió a cuatro agentes especiales a Londres. Debían medir la adaptación británica a una situación de guerra con un experimento relativamente sencillo. Cambiarían en una línea de autobuses la información sonora, esa que anuncia el nombre de cada estación. Los espías argentinos lograron sustituir en un autobús los mensajes grabados. En Knightsbridge, por ejemplo, la voz decía South Kensington; en Marble Arch, Baker Street, y así. Más de un sesenta por ciento de ingleses hizo caso de lo que oyó y se apeó, bien es verdad que a regañadientes. ¿Cómo juzgar esa conducta? Yo me atrevería a decir que es una muestra más del apego y credibilidad que entre nuestros ciudadanos tienen las instituciones. El equipo de investigación argentino pensó de otra manera. A su juicio, los ingleses no serían capaces de reaccionar con prontitud ante un cambio súbito e inesperado. Pero todavía hubo algo más sorprendente. Porque el experimento se repitió en Buenos Aires con un resultado prácticamente contrario. Ni siquiera el dos por ciento de los argentinos aceptó el dictado de la voz grabada. Algunos pasajeros hicieron incluso el amago de prender fuego al autobús. Indignación y capacidad de improvisación latina, fue el diagnóstico de los militares argentinos. Y se lanzaron a la guerra. Bueno, eso es lo que se dice. Porque aquí más bien creemos que el dictador Galtieri, aun con los resultados invertidos, hubiera invadido de todos modos las Malvinas.

PRISAS

–Interesante, como ustedes mismos dicen –asumió el embajador–. Y nos invita a meditar sobre la fuerte interacción que existe entre dictadura y democracia. En algún sitio he leído que un Churchill delirante, a sus noventa años, recibió en su lecho de muerte la visita del espectro de Hitler.

–Has sido demasiado duro conmigo –le reprochó, sentado a un costado de su cama–. Y no acabo de entenderlo, aunque tu padre era rico y el mío pobre, ambos fueron de carácter voluble, bebedores y mujeriegos, y nos dejaron huérfanos a edad temprana. Pero los ricos sois así. Y ahora yo soy un paria de la Historia: la reencarnación del mal; mientras que tú personificas el bien y el heroísmo. ¿No te parece injusto? Al fin y al cabo tú representabas lo que yo más anhelaba para mi país: el Imperio. ¡Nos hubiéramos repartido el mundo!

–Las prisas fueron tu error –dicen que replicó Churchill, que añadió–: El imperio británico se construyó durante más de trescientos años, en un proceso lento y paulatino que nos acostumbró cada día a la injusticia haciéndola pasar por el estado natural de las cosas. Pretender lo mismo en solo cinco años requirió de tal concentración de crueldad que pareció que el mismo infierno hubiera invadido el planeta. Y tan extrema acumulación de crímenes sirvió para hacernos mucho más conscientes de los nuestros; de modo que nos hizo condenarlos también en nosotros. Por eso pasamos a ser considerados los buenos de la Historia.

EL VOTO DE CALIDAD

—¿Saben que la II Guerra Mundial pudo haberse evitado? —se apresuró a decir lord Winson Green—. Si el crítico vienés Jakob Neumann, que presidía el jurado, hubiera dado su voto de calidad a cierto óleo firmado por un tal Adolf Hitler en la Bienal de Bellas Artes de 1912, acaso el joven aspirante a pintor no hubiese dejado su profesión por la política. Inútil reprochar nada a Neumann; sobre todo cuando el propio Adolf Hitler ordenó su fusilamiento a las pocas horas de aquella entrada apoteósica en la Austria del *Anschulss*. Lo que nunca supo el dictador fue que la decisión de Neumann nació de un escogido lote de vinos que había recibido de un importante bodeguero vienés, cuyo hijo, con veleidades pictóricas, obtuvo aquel premio. Obvio es decir que tal ignorancia salvó la vida del bodeguero, no la de su hijo.

DESALMADOS

—A veces me da por pensar que yo mismo, en vez de lord, podría haber sido atracador de bancos —comentó lord Belmarsh—. ¿Nunca se han preguntado ustedes cuántas almas caben en un mismo cuerpo? Stevenson lo contó magistralmente en *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde*. Pero yo todavía me pregunto: ¿dos es el límite?, ¿no caben más de dos almas en un cuerpo? Hay estudios que han llegado a precisar el peso del alma, veintiún gramos, la diferencia en báscula entre un cuerpo vivo y un cuerpo muerto. Eso dicen algunos. Pero si hay personas que tienen dos o más almas, por idéntica razón tendría que haber personas que carecieran de ella o que la tuvieran tan menguada que la mayor parte de su cuerpo estaría ocupado por otra. Basta ir a un estadio de fútbol abarrotado para comprobarlo. Ese fue el caso de la Alemania nazi, señores, en la que el alma de Hitler se posesionó de millones de cuerpos alemanes. Es algo distinto de lo que usted nos ha contado, embajador.

EL COLECTIVO DE ALMAS

–Le felicito lord Belmarsh, encuentro muy puesto en razón lo que nos acaba de decir – comentó el embajador–. Algo había leído yo al respecto. Los individuos dependemos de una doble herencia: genética, una; cultural, otra. El genoma biológico es individual y ha sido descifrado. El cultural, por el contrario es colectivo: depende de haber nacido en una cultura o en otra, de modo que es bastante más difícil de descifrar. En Italia aseguran haberlo conseguido. El asunto es importante para los profesionales de la política. Los líderes de masas son predadores de almas. Según ese estudio, las almas nórdicas tienen menos peso específico que las latinas, por eso se agrupan más fácilmente. Las latinas, y en general las sureñas son más pesadas y tienen menos movilidad. Les cuesta juntarse para hacer algo en común. No sé si eso puede ayudar a entender lo que pasó en Alemania. O también, si se me permite decirlo, la admirable cohesión que mostraron los británicos apoyando a Winston Churchill.

ESPAÑOLES E INGLESES

—No soy sospechoso de desamor a España —dijo lord Brian Fields, conde de Leathersdale—. Estoy casado con una española, lady Juana, pero discrepo de usted sobre esa teoría de las almas. Acaso pudiera aplicarse al nazismo, pero a los ingleses definitivamente no. Nuestro gregarismo no es de rebaño, como de un modo sutil ha quedado sugerido. Lo nuestro es organización y disciplina. Me lo dice lady Juana: si comparamos a un inglés con un español, casi siempre sale ganando este, por su improvisación y viveza; si los comparamos de dos en dos todavía resultarían ganadores los españoles, pero si empezamos a añadir individuos, tres, cinco, siete, los ingleses equilibrarían enseguida la balanza; nada digamos si son ciento, mil, un millón, varios millones, entonces la superioridad inglesa es incontestable. Organización, disciplina y sistema, señor. Imagínese un vehículo conducido por una sola persona, ahí los españoles pueden ganar. Sume más personas, todas las que componen un país y todas con el compromiso de manejar los múltiples mandos de ese hipotético vehículo, ahí los españoles, y los latinos en general, pierden. Buena o mala coordinación social, se llama eso. No lo digo yo, lo dice lady Juana que es una Ortiz de Zárate Vidaurreta.

EL BOTÓN DEL SEMÁFORO

–Coordinación y también credibilidad –objetó el embajador–. Yo lo he podido comprobar en la vida cotidiana. Ustedes creen en cosas en las que no todo el mundo cree. En Londres para cruzar buena parte de los pasos de peatones hay un interruptor en la columna metálica que sostiene el semáforo. Es algo muy inglés, tan inglés como el Speaker's Corner. Allí se habla de lo que se quiera sin ser molestado. Imagino que Marx, Lenin, el mismo Trotski hablaron allí. Es un gran invento. Un desahogo genial pues alivia mucho las tensiones sociales. O por lo menos lo ha hecho en el pasado, creando la apariencia de que esas opiniones servían para algo. Pero la política es un tren muy pesado como para abandonar tan fácilmente sus raíles. Desde los tiempos de Pitt, ha seguido su camino inexorable, ajena por completo a cuanto allí se decía. Lo mismo ocurre con ese botón de semáforo. Uno lo presiona y se enciende una luz que dice espere. Si no lo presiona, no se enciende la luz. Pero el tiempo de espera en un caso y otro son idénticos. Y esto no lo he descubierto yo. Lo estaba denunciando hace unos días en el Speaker's Corner un charlatán negro, subido a una escalera de mano, cuando la deyección blancuzca de una paloma cayó sobre su frente acabando con su sonrisa capciosa.

EL ALMA QUE TENÍA DOS CUERPOS

—Yo he conocido un caso verdaderamente insólito: un alma que tenía dos cuerpos —dijo conciliador lord Leighton Buzzard—. Hubo un rumor de admiración muy halagador y propio de la cámara de los lores. —Se trataba —prosiguió lord Leighton Buzzard— de un muchacho con el que coincidí en la escuela. He dicho un muchacho, cuando en realidad debía decir dos: Ernest y Ralph. Al principio, mientras habían sido bebés o infantes, el alma no reparó en la sobrecarga de trabajo que tal circunstancia suponía. Pero, a medida que el aprendizaje natural de la vida se fue complicando, tuvo que administrar tiempo y energías. Debía además procurar ser neutral, pero no podía evitar el sentirse más a gusto en uno de los cuerpos, el de Ralph. Y así dedicaba menos tiempo al del otro, Ernest, que comenzó a mostrarse muy serio. Un alma con más de un cuerpo hace de este algo así como un aparato a pilas que solo se recarga cuando la tiene dentro. Si alguno se halla falto de energía será incapaz de iniciativas pero puede seguir rumiando indefinidamente lo ya aprendido. Acaso por eso, Ernest, con menos tiempo de alma que Ralph, era un tipo aburrido y poco hablador, pero capaz de dar mil vueltas a lo que ya tenía dentro y de memorizar mejor que nadie, lo que le valió para hacer una gran carrera en la administración pública, llegando a Comisario de la Unión Europea. Ganaba mucho dinero —ya conocen los sueldos de Bruselas— y con alguna frecuencia ayudaba financieramente a Ralph, a pesar de que lo menospreciaba por tarambana. Todo iba bien hasta que Ernest descubrió que su mujer, la exquisita Adeline, compartía también alma con otro cuerpo femenino, y comenzó a desarrollar unos celos enormes. Briget, así se llamaba la otra, era más bien tipo Ralph, y Ernest no podía soportar que el alma de Adelina, metida en el cuerpo de Bridget, disfrutara de una vida sexual variada y placentera. Ernest, tras una fuerte discusión, mató a Adelina, pero como su alma sobrevivía en el cuerpo de Bridget la mató también. Así fue, al menos, como lo relataron en el juicio por asesinato sus abogados defensores. Bien es verdad que lo hicieron con muy poca convicción.

EL VIEJO SOLDADO

—Eso me ha recordado el curioso caso de un hombre valiente que el día de su acción más brillante fue despojado de todas sus medallas —dijo lord Belmarsh—. Era muy conocido en todas las paradas conmemorativas que se celebraban en la Gran Bretaña en las que vestía muy orgulloso su uniforme y las medallas de SAS. A sus setenta y cuatro años decía haber sido el soldado más joven de la guerra de Corea y el más veterano de la de las Malvinas. En un altercado con cinco borrachos que atacaron a una joven fue el único que salió en su defensa con grave riesgo de su vida. Otras personas que había allí se inhibieron o desaparecieron. Como consecuencia de su comportamiento resultó herido, pero su acción dio pie a que llegara la policía y detuviera a los borrachos. También a él. Se supo entonces, cuando la policía consultó su historial militar, que solo era un farsante. Las medallas pretendidamente ganadas en combate, diez, las había ido comprando por Internet. Se supo también que había prestado su servicio militar en Malaya desarrollando labores de cocinero. El *patata* lo llamaban, por las muchas que había pelado en su vida.

ANIVERSARIO DE TRAFALGAR

–Vivimos tiempos de transición –comentó con semblante serio lord Cheddington–. El problema es que no sabemos hacia dónde vamos. Dicen que un día el gran Nelson –y esto claro lo contó también lord Dim– abandonó su columna de Trafalgar Square.

–¡Ha bajado! –se arremolinó la gente a su alrededor.

Lo que admiró a todos fue ver de cerca sus mutilaciones, además de su palidez cadavérica. Paseantes y turistas compartían a voces su excitación y comentaban el suceso a través de sus teléfonos móviles. Nelson, que había viajado mucho, identificó varios de los idiomas utilizados: alemán, sueco, italiano, griego, francés, checo, español. En un periódico inglés tirado en el suelo leyó en la primera página: *Los franceses humillan a Inglaterra*. Era el titular de un partido de rugby. Le pusieron un micrófono delante de la boca pero no fue capaz de decir nada y volvió a subir a su columna.



EL CUENTO INGLÉS DE LA BUENA PIPA

—No les digo ni que sí ni que no, pero Christopher Arrow perdió su empleo en la *City* una mañana de septiembre de 2008 por la crisis de las *subprime* —dijo lord Winson Green—. Salía con su caja de cartón en los brazos cuando, al pasar por St. Paul, sintió la necesidad de entrar en la catedral. Se arrodilló y tuvo un arrebató místico. Dejó la caja a un lado y se fue a comulgar. Sentía que su suerte iba a cambiar. Regresó y, cuando quiso recoger la caja, comprendió que ahora era un estibador del Támesis que había perdido el trabajo por la caída de las importaciones. Le pidió a Dios un cambio, dejó a un lado su hatillo, y se fue a comulgar, cuando regresó había sido despedido de una herrería cercana, y le pidió a Dios...

LA CRISIS DEL 2008

Esto me lo contó un colega portugués –dijo el embajador–. Tres ejecutivos de banca se reunían periódicamente a almorzar en un club de la *City*, en esta ocasión llevaban grandes cajas de cartón en la mano, eran sus pertenencias personales pues habían sido despedidos por la quiebra de Lehman Brothers. Los tres conservaban sin embargo su flema británica. Solo el año pasado en *bonus* cada uno había cobrado entre cuatro y quince millones de libras esterlinas. Uno de ellos comentó con una copa de Jerez en la mano:

–Yo no creeré que esto sea una verdadera crisis hasta que no haya algún suicidio como lo hubo en el *Crack* del 29.

–Los hay –le dijo el compañero que hojeaba un periódico–. Un pobre hombre de Hackney se ha pegado un tiro llevándose por delante a su mujer y a sus dos hijos cuando han ido a embargarles la casa

–No es lo mismo, John –objetó el primero–. Estos no son bancarios. Ni siquiera hombres de negocios.

–Pero algo comparten con nosotros, supongo.

–¿Qué?

–Son humanos ¿no?

Y los tres esbozaron un misma sonrisa como diciendo ¡qué obviedad!, o acaso, ¡qué tontería!

EN LA TORRE MÁS ALTA

—Se sabía incapaz de soportarlo —dijo lord Winson Green—. No era mayor pero tenía tres hijos y el súbito hundimiento de la banca Lehman Brothers lo había arruinado. El futuro se le presentaba aterrador. Tendría que dejar su casa, sus coches, sus clubes, su tren de vida. Sus hijos no podrían seguir en el colegio privado.

Se asomó a la ventana —estaba en el piso treinta y seis— y se subió al alfeizar. En ese momento su secretaria abrió la puerta del despacho.

—¡Nos ha tocado la lotería!

De los dos boletos que había comprado el día anterior, uno se lo había prometido a ella.

—¡Treinta y ocho millones de libras!

Los billetes estaban sobre su mesa. Al abrir la puerta se formó una gran corriente de aire y volaron hacia la ventana.

—¡Treinta y ocho millones de libras! —repitió tratando de alcanzarlos.

—Para cada uno —añadió la secretaria con un hilo de voz, viendo como su jefe en su intento por alcanzar los billetes se precipitaba detrás de ellos hacia el abismo.



IMPUESTO SOBRE EL AUTOMÓVIL

—¿Saben por qué perdió las elecciones el último alcalde? —preguntó lord Leighton Buzzard—. También por la crisis bancaria del 2008. El señor alcalde, que se las daba de ecologista, estableció un impuesto de ocho libras a cada automóvil que circulase por Londres, ocho libras al día. Decía que así, merced a un aire más limpio, protegía la salud de los ciudadanos. Pero con la crisis muchos automóviles dejaron de circular y la recaudación bajó tanto que el alcalde ideó un plan para salvar sus cuentas penalizando ahora a los coches parados. Fue solo una tentativa que no pasó de idea pero la oposición la aireó y el ecologismo del alcalde quedó al descubierto. En la campaña electoral resultó muy eficaz compararle con el dirigente de un país africano que cobraba impuestos a quienes llevaban calzado. No demasiados, puesto que la mayoría caminaba todavía descalza, por eso los zapatos tenían que llevar un número identificador en el talón como la matrícula de los coches.

SUBPRODUCTOS DE LA CRISIS

–Yo también creo, como dicen algunos –comentó lord Leathersdale–, que lo mismo que Londres es el corazón de Gran Bretaña, la *City* es el corazón de Londres, y un corazón, ya se sabe, tiene dos movimientos, diástole y sístole, contracción y expansión. Pero, claro, los ejecutivos de banca son a su vez el corazón de la *City* con su correspondiente diástole y sístole. Sin ese movimiento el corazón se para y el organismo muere. Los ejecutivos de la *City* emplean sus ahorros –cuantiosos, a pesar de su altísimo tren de vida, con yates y vacaciones en las Islas Seychelles–, para comprar, cuando cae el mercado inmobiliario, casas a bajo precio. Sin esas crisis periódicas no serían capaces de consolidar sus fortunas.

MALETA DE CORAZONES

–Cuando en el otoño del 2008 la banca Lehman Brothers quebró, despidieron a mi sobrino Jim en su primer día de trabajo en la *City* –dijo lord Cheddington–. Sintió envidia de los veteranos, aunque solo lo fueran de unos meses, que podían salir a la calle con sus cajas de cartón abrazadas, en las que llevaban sus pertenencias personales. A Jim no le había dado tiempo a tenerlas.

Salió a la calle muy frustrado, caminó unos pasos y una mujer que salía de una cafetería casi choca con él. Jim se detuvo para dejarla pasar, la mujer arrastraba una maleta en cada brazo, eran maletas del tamaño cabina de avión. La vio seguir adelante sin que siquiera lo mirase, ni mucho menos se excusara con un *sorry*. Había notado sus ojos negros brillantes y ahora veía de espaldas su cuerpo bellísimo. Con sus maletas quiso bajar la acera, una acera alta y una de las maletas se desequilibró, se volteó y se abrió. Su interior quedó a la vista y parcialmente fuera. Eran... eran... corazones... corazones de animal o corazones humanos. Húmedos todavía pero no rezumantes, como pimientos aplastados o racimos de uvas.

Incapaz de reaccionar, Jim vio como la mujer devolvía aquello a la maleta, no sin mirarle con unos ojos maliciosos, entre pícaros y soberbios. La vio alejarse no muy deprisa, pues incluso se contoneaba. Al primer policía que encontró, le contó el suceso. Volvieron tras ella. El policía la obligó a abrir las maletas. Ella abrió primero la que Jim había visto. Había ropa interior femenina: bragas, sostenes, medias, enaguas. Abrió la segunda: lo mismo. El policía se disculpó con ella y pidió a Jim que lo acompañara a la comisaría. Apenas habían caminado unos pasos cuando el policía se sintió desfallecer. Se apoyó en la pared y se tocó el pecho. «¡Mi corazón!», exclamó.

LA ESPERA

—Hace dos días paseaba como hago cada mañana por Kensington Gardens —dijo lord Winson Green— y cerca de la frondosa entrada que lleva a los aseos decidí entrar a aliviar mi vejiga, no por acuciante necesidad, sino para completar la larga caminata más confortablemente. Un vagabundo se me adelantó. Venía en diagonal a mí y estaba más cerca de la puerta. Era alto y estirado, iba sucio, con un gorro de lana ceñido a la cabeza a pesar de que el sol apretaba, de la espalda le colgaba una mochila tan grande y ancha como un saco, además llevaba en la mano dos abultadas bolsas de plástico. No quise coincidir con él y decidí esperar a que saliera. Esperé un buen rato. Aceché durante más de media hora. En ese tiempo entraron y salieron algunos individuos. Pero el vagabundo no salió. Me decidí a entrar. Todas las puertas de los retretes estaban abiertas de par en par. En uno de ellos el vaso estaba arrancado y el agujero al aire, la mochila abandonada y abierta, como si hubiera tomado de ella las cuatro cosas imprescindibles, sobre ella un trozo de papel higiénico en el que, con letra firme pero torpe, se leía: «Escribiré».

MURMURATION

–Si esta historia hubiera ocurrido en el 2008 habría pensado que esa mañana había estorninos en el cielo –comentó lord Leighton Buzzard.

–Me pregunto qué tienen que ver los estorninos con el vagabundo de mi cuento –dijo lord Winson Green, tras una leve vacilación.

–Probablemente nada, salvo que ese vagabundo fuera un banquero disfrazado huyendo de la *Murmuration*.

–¿*Murmuration*? –pareció interrogarse a sí mismo lord Winson Green.

–*Murmuration* –corroboró lord Leighton Buzzard–, y esto lo digo por nuestro embajador, *Murmuration* es palabra inglesa que en los diccionarios habría que calificar de falso amigo, pues no equivale a la murmuración de los españoles, sino a murmullo, pero a un murmullo muy característico, ese que provocan los estorninos volando en grandes bandadas por el cielo.

–Nos tiene usted en ascuas.

–Pues esto le gustará, embajador. Al oír a lord Winson Green pensé que el vagabundo de su cuento podría haber sido un banquero disfrazado huyendo de los estorninos.

El embajador y algunos lores arrugaron la frente como leve signo de perplejidad y también de expectación.

–Si no recuerdo mal, la confirmación de la gravedad de la crisis en la *City* coincidió con la llegada de los estorninos de Escandinavia buscando los climas más templados del sur de Inglaterra. Un periodista relacionó de modo muy peculiar ambos sucesos en un reportaje a cinco columnas. Y tal era la calidad de las fotografías que hasta parecía oírse la creciente algarabía que procedía de las alturas, la *Murmuration*. Los responsables del desastre financiero, que abandonaban a toda prisa sus oficinas con los bolsillos bien repletos, sin duda la oyeron, con curiosidad primero, con inquietud y miedo después. Centenares y aun miles de estorninos se movían en bandadas que se elevaban o descendían, se contraían o se estiraban, obedientes al libreto lleno de prodigios de un ballet capaz de generar un eco apabullante y delicioso, como un ronroneo de la naturaleza, o tal vez un quejido, bien que musical; sus formas cambiantes parecían a veces humo; a veces, la nube anunciadora de tormenta. Y así, durante algunos días, cada banquero tuvo sobre su cabeza una de esas nubes negras, un retráctil dedo gigante que le seguía acusador desde el cielo por calles y plazas, exponiéndolo a la opinión pública, hasta que lograba ponerse a cubierto en su club o en su casa. ¿Por qué no –me preguntaba yo– en ese retrete despojado del que nos ha hablado lord Winson Green?

ADIÓS

—Yo recuerdo que, cuando se confirmó en las islas la gravedad de la crisis económica que empezaba a afectar al mundo —dijo lord Belmarsh—, el Gobernador del Banco de Inglaterra fue llamado con urgencia a la residencia del primer ministro en Downing Street.

—¡Qué crisis del infierno! —le espetó a modo de saludo el primer ministro.

Y es muy curioso, porque ese mismo día, la estatua de un demonio que se alzaba en la cima de uno de los edificios propiedad del magnate Charles Ildford, en el distrito londinense de Chelsea, había desaparecido sin dejar rastro. Tras acceder al tejado, el superintendente Swanson, de la policía metropolitana, se rascaba perplejo la barbilla. El grueso cable de acero que aseguraba el anclaje de la estatua aparecía roto.

—No ha sido cortado, se ha derretido —musitó.

A continuación, fotografió los restos del cable y unos garabatos sobre el pedestal vacío.

—Es como si hubiera salido volando —opinó.

—Tenía alas, sí, pero de piedra y pesaba demasiado —comentó a su lado el administrador del magnate que insistió en mostrarle unas fotografías de la figura desaparecida. Se trataba de un diablo con alas y cuernos, acuclillado sobre aquellas fachadas victorianas que tenían el color de la lumbre.

Ya en casa, la hija del superintendente Swanson, licenciada en lenguas bíblicas, tuvo la curiosidad de mirar en el ordenador las fotografías que había hecho su padre. De pronto, exclamó:

—¡Papá, si esto es arameo!

Y señaló hacia lo que su padre había tomado por garabatos.

—¿Lo entiendes? —preguntó Swanson, tan inquieto como sorprendido.

—Es muy extraño —contestó la chica—. Parece que dice: «Me voy. Vosotros no sois mejores que yo».





Juan Pedro Aparicio



CUENTOS
El juego del diábolo

PALMARES DE ESPLETA

M. Peña

El juego del diábolo

Aparicio, Juan Pedro

9788483935415

168 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

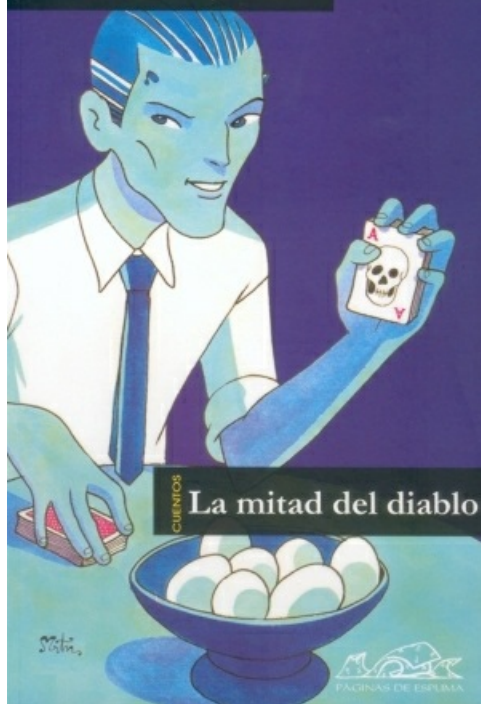
Diávolo es diablo en italiano. Un diábolo es asimismo un juguete que tiene la forma de dos conos unidos por su parte más estrecha. Juan Pedro Aparicio publicó en esta misma colección un libro titulado La mitad del diablo.

Este libro es su complemento. Entre los dos forman un diábolo. Aquel correspondería a la mitad izquierda; éste, a la derecha. Aquel iba de más a menos, pues empezaba por el relato más extenso para concluir en el más diminuto; éste va del cuento de apenas una línea al de poco más de un página.

Ahora el Maligno es carne de nuestra carne; establece pactos, se enamora, escribe novelas, viaja, se burla y es burlado, y cuando, como amante, engaña o, como escritor, rinde su pluma, lo hace provocando en el lector una irónica sonrisa.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Juan Pedro Aparicio



La mitad del diablo

Aparicio, Juan Pedro

9788483935743

172 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

La mitad del diablo constituye un excelente ejemplo de una literatura que podríamos llamar cuántica, según nos propone su autor, al presentarse sus elementos narrativos en forma de partículas brevísimas que obedecen a una mecánica de cadencia menguante basada en los principios de la elipsis, la riqueza de invención y el humor. Desde su mismo excelente título, sugeridor de una posible esencia del propio microrrelato, nos hallamos ante la presencia del maligno y sus efectos, ante múltiples situaciones, mundos y pareceres, donde un bombero se enamora de la chica que rescata, un hombre recupera de improviso a todos los perros que ha tenido en su vida o unos novios se suicidan el día de su boda...

[Cómpralo y empieza a leer](#)



Ajuar funerario

Iwasaki, Fernando

9788483935545

128 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Escalofriante conjunto de microrrelatos fantásticos en el que lo misterioso y terrorífico cautivará a los lectores, del autor peruano Fernando Iwasaki.

Fernando Iwasaki: Nacido en Lima en 1961, es escritor, ensayista, historiador y autor de más de una docena de títulos de diversos géneros como las novelas Neguijón (Madrid, 2005) Libro de mal amor (Barcelona, 2001); los ensayos literarios Mi poncho es un kimono flamenco (Lima, 2005) y El Descubrimiento de España (Oviedo, 1996); las crónicas reunidas en La caja de pan duro (Sevilla, 2000) y El sentimiento trágico de la Liga (Sevilla, 1995), y los libros de relatos Tres noches de corbata (Lima, 1987), A Troya, Helena (Bilbao, 1993), Inquisiciones Peruanas (Sevilla, 1997), Un milagro informal (Madrid, 2003) y Ajuar funerario (Madrid, 2004), entre otros.

Sus relatos figuran en numerosas antologías españolas e hispanoamericanas como El cuento peruano (Lima, 1997), Dos veces cuento (Madrid, 1998), Líneas Aéreas (Madrid, 1999), Pequeñas Resistencias (Madrid, 2002), Las fábulas mentirosas y el entendimiento (Lima, 2002), Escritos disconformes (Salamanca, 2004), Grandes minicuentos fantásticos (Madrid, 2004), Fábula rasa (Madrid, 2005), Cuentos Pigmeos (Lima, 2005) y Estática doméstica (México, 2005). Desde 1989 reside en Sevilla, donde dirige la revista literaria Renacimiento.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

An underwater photograph of a person, likely a swimmer, with their hands clasped together in front of them. The water is a deep, murky green, and the lighting is soft, creating a serene and somewhat ethereal atmosphere. The person's head is tilted down, and their arms are extended towards the bottom of the frame.

Eloy Tizón

Técnicas de iluminación



Técnicas de iluminación

Tizón, Eloy

9788483935040

150 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

¿Qué ocurrió realmente en la fiesta celebrada anoche? ¿Hubo alguna víctima? ¿Qué contiene la caja que nuestro jefe nos entrega en secreto, pidiéndonos que no la abramos, y dentro de la cual se detecta una agitación, un mínimo llanto? ¿Será un ser vivo o un mecanismo de relojería? ¿Quién es "esa otra persona que no nos interesa", que suele aparecer en las relaciones de pareja casi siempre adosada al ser amado y de la que es imposible librarse? ¿De qué clase de apocalipsis huye esa familia que abandona la ciudad con lo puesto y termina vagando perdida por el bosque?

En todos estos relatos hay un reverso de sombra, un vértice de silencio, algo que no se nombra directamente pero que es una invitación al lector para que se sumerja y participe en la construcción del sentido. Para que intervenga en la extraña normalidad de estos diez sueños, y pueda encontrar un poco de claridad o un lapicero contra la desdicha. Páginas que resplandecen con luz propia. Técnicas de iluminación.

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Samanta Schweblin

Siete casas vacías



PREMIO
LUSA
DE ESPINOSA
DE LOS CABALLEROS

RIBERA
DEL DUERO



Siete casas vacías

Schweblin, Samanta

9788483935170

112 Páginas

[Cómpralo y empieza a leer](#)

Las casas son siete, y están vacías. La narradora, según Rodrigo Fresán, es «una científica cuerda contemplando locos, o gente que está pensando seriamente en volverse loca». Y la cordura, como siempre, es superficial.

Samanta Schweblin nos arrastra hacia Siete casas vacías y, en torno a ellas, empuja a sus personajes a explorar terrores cotidianos, a diseccionar los miedos propios y ajenos, y a poner sobre la mesa los prejuicios de quienes, entre el extrañamiento y una «normalidad» enrarecida, contemplan a los demás y se contemplan. La prosa afilada y precisa de Schweblin, su capacidad para crear atmósferas intensas y claustrofóbicas, y la inquietante gama de sensaciones que recorren sus siete cuentos han hecho a este libro merecedor del IV Premio Internacional de Narrativa Breve Ribera del Duero. El jurado, del que formaron parte los escritores Pilar Adón, Jon Bilbao, Guadalupe Nettel, Andrés Neuman y que estuvo presidido por Rodrigo Fresán, valoró en Siete casas vacías la precisión de su estilo, la indagación en la rareza y el perverso costumbrismo que habita sus envolventes y deslumbrantes relatos.

[Cómpralo y empieza a leer](#)